

Los Contemporáneos

519

El primo Román

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

JACINTO BENAVENTE



Número extraordinario

15 Cents.

Ayuntamiento de Madrid



“ Z E A ”

PURGANTE

eficaz, agradable, inofensivo. El mejor para los niños

25 céntimos

SELLO

cura rápidamente dolores de cabeza, muelas, oídos, etc. corrige y evita los dolores del período.

30 céntimos

De venta en Centros de Específicos, Farmacias y Droguerías de toda España. Especialidades “ZEA” Fontuny, 13, Barcelona.

La Magnesia Bisurada quita los dolores de la indigestión en cinco minutos

o de lo contrario se le devuelve su importe con sólo pedirlo. Si sufre Vd. de gastritis, indigestión, dispepsia, o si los alimentos que toma le pesan de un modo enorme en su estómago y no puede dormir por las noches debido al malestar, vaya en seguida a un buen farmacéutico y compre Magnesia Bisurada, que se suministra en polvo o en pastillas, al precio de pts. 3.50 por frasco. Tome dos o tres pastillas o una cucharadita de polvo en un poco de agua caliente después de las comidas, o cuando sienta dolor, y verá como muy pronto contará a sus amigos cómo se curó de su mal de estómago. Cuide siempre de pedir Magnesia Bisurada, que se vende en botellas de vidrio azul y lleva ligada una garantía de que dará satisfacción, o de lo contrario se devuelve su importe.

HIPOFOSFITOS: SALUD

DA VIDA
Y
VIGOR
A LOS
DÉBILES



PIERNAS
Y BRAZOS
ARTIFICIALES

MEDALLAS DE ORO

MADRID-ZARAGOZA

TALLERES PROPIOS
LA ORTOPEDIA MODERNA
GRAN CASA CONSTRUCTORA

DE

APARATOS ORTOPEDICOS
DE

CESAREO ALONSO

En Carral 104-MADRID- Teléfono J.415

ÚNICA EN
CORSÉS DE
CELULOIDE

GRAN PREMIO

PARIS-MILAN

FAJAS
BRAGUEROS
GOTIERAS
GOMAS

GASAS
ALGODONES
VENDAJES
MULETAS

Ayuntamiento de Madrid

DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

EL PRIMO ROMÁN

ACTO PRIMERO

Jardín en una casa de campo. A la derecha del actor la fachada de la casa; en la planta baja puerta y ventanas con rejas; delante de la puerta un empujado; en la parte superior mirador corrido con barandilla de madera y cristales. A la izquierda, la fachada de una casa baja y pequeña con puerta y ventana; por la chimenea de esta última casa sale humo. Árboles y plantas, todo rústicamente dispuesto; sillas y un velador de jardín. Al foro la tapia de ladrillo muy baja y una puerta de madera en el centro.

ESCENA PRIMERA

DON ROMUALDO y FAUSTINA salen de la casa de la izquierda.

ROMUALDO.—¿Voy bien?

FAUSTINA.—Digo; si pareces mismamente un personaje. Toma el pañuelo... mira qué bien huele, ¿eh?...

ROMUALDO (*Mirándose las manos*).—¡Qué lástima no tener unos guantes!... Las pobres no pueden ocultar que a ellas debo todo lo que soy. ¿Y el chico?... ¿no se ha levantado todavía?

FAUSTINA.—No. Pobrecito; tiene sueño atrasado. ¿Tú sabes lo que él habrá cavilado para los desámenes? Mira tú que para aprender todo lo que dicen aquellos libros... De veras que estoy temblando no nos vayan a costar el hijo los malditos estudios.

ROMUALDO.—No tengas cuidado; así será un hombre, un caballero. ¡Quién sabe!... Puede que le veamos diputado como el sobrino de la señora, al que voy a recibir ahora mismo.

FAUSTINA.—Pero, ¿tú crees que saldrá diputado?... Si aquí nadie le conoce y siempre han sacado a don Higinio.

ROMUALDO.—Toma, porque no había otro;

pero en cuanto se presente aquí don Román, figúrate, sobrino de doña Salomé, que es la reina de media provincia; protegido por los que mandan, que no sé por qué se han puesto de malas con don Higinio y quieren quitarle el distrito a toda costa.

FAUSTINA.—Pero don Higinio tiene muchas simpatías y cuenta con los Ibáñez y con el Garduña.

ROMUALDO.—Pero en cambio ha tenido una cuestión con el Gatejo, figúrate... y no hay otro como él para estas cosas y hacer diabluras.

FAUSTINA.—Allá veremos... Tú no te metas en nada.

ROMUALDO.—Por de contado. Ayer mismo indiqué a la señora si, por ser don Román su sobrino, deseaba que yo hiciera algo por sacarle adelante. Figúrate si yo cogiera mi caballo y me fuera por ahí, provisto de recibitos, amenazando con embargos... ¿eh?... Con decirles que la señora quería esto o lo otro, bastaba. Pero no; terminantemente me ha dicho que no quiere mezclarse en nada, ni por su sobrino ni por nadie, y que mi misión quedaba reducida a salir a esperarle hoy con el cochecillo y dispensarle toda clase de atenciones y obsequios.

FAUSTINA.—Muy bien pensado. Mira tú lo que importará a la señora un sobrino que puede que no conozca ni de vista.

ROMUALDO.—Claro que no; como que es-

taba reñida con toda la familia desde que quedó viuda; sólo que ahora, como la necesitan...

FAUSTINA.—Claro está; como esa relami-
da de doña Amalia, que se nos viene aquí
con el ético de su hijo a tomar los aires,
según dice; a comer y a vivir a costa de su
cuñada y a meterse en todo y no dejar tran-
quilo a nadie...

ROMUALDO.—Cierto; qué señora más im-
pertinente...

FAUSTINA.—Ea, no vayas a llegar tarde.

ROMUALDO.—No hay prisa: hasta las once
no llega la diligencia. Tengo que hablar an-
tes con la señora.

FAUSTINA.—Pues voy a despertar a Lu-
ciano, que ya le tengo preparado el al-
muerzo.

ROMUALDO.—Buen olorcillo... magritas: a
mí no me has dado eso.

FAUSTINA.—¿Qué quieres? No quedaban
más que para el chico.

ROMUALDO.—¿Le ha visto ya Cristeta?

FAUSTINA.—Todavía no.

ROMUALDO.—Dile que esté muy fino con
ella.

FAUSTINA.—No le des vueltas, Romualdo,
no le des vueltas, que Cristeta no está para
nuestro hijo.

ROMUALDO.—Déjame a mí, que yo tengo
mi plan. Cristeta no sabe lo que es mundo;
no ha salido nunca de este pueblo y se ca-
sará con el primero que le diga algo. Y me
parece que Luciano, en cuanto sea bachiller,
y tan guapo, y tan buen mozo, ¿eh?

FAUSTINA.—Pero aunque ella quiera, ¿tú
crees que doña Salomé iba a consentir?...
Al fin y al cabo, Cristeta pasa por sobrina
suya.

ROMUALDO.—No sé yo dónde pasará... Do-
ña Salomé lo que desea es perder de vista
a la chica, y se comprende; demás hizo con
recogerla... ¡Una hija de su marido!

FAUSTINA.—Verdad es que una santa no
hubiera hecho más.

ROMUALDO.—Y lo que hará todavía... por-
que, aunque ves que no la quiere, ¿eh? todo,
todo piensa dejárselo cuando ella falte.

FAUSTINA.—¿Todo?

ROMUALDO.—No ves que ella se aconseja
de mí, como sabe que soy honrado y leal.

FAUSTINA.—Vaya; ¡treinta años a su ser-
vicio! A otro hubiera yo querido ver en tu
puesto. Administrador de una señora sola,
tan rica, que ni ella sabe lo que tiene.

ROMUALDO.—Pues bien; todo eso será de
Cristeta.

FAUSTINA.—No sé qué te diga. Doña Sa-
lomé más nunca la ha querido; para que, te-
niendo parientes cercanos, vaya a dejarla to-
da su fortuna.

ROMUALDO.—Tú no conoces bien a la seño-
ra. Si tú supieras lo que ella quería a su
marido, que no la dió una hora buena...

FAUSTINA.—Ya, ya: ¡Pobre señora!

ROMUALDO.—Era un delirio por él de que
no tienes idea. Yo iba entonces a Madrid
muchas veces y lo veía. ¡Qué escenas de
celos! ¡Qué escándalos! Se murió. Otra do-

ña Juana la loca. ¡Qué extremos! ¡Qué
llantos!... Desde entonces vive aquí retra-
da, después de recoger a Cristeta, fruto des-
carrado de su señor marido... Poco quiere
a la pobre niña; pero es preciso comprender
lo que ella sufre cada vez que la mira de-
lante. Se acuerda de su esposo, y hace todo
lo posible por querer a la chica, pero no
puede. Por eso me consta que es su inten-
ción pagar con su fortuna la deuda de cariño
que ella cree tener con su esposo. A sus
parientes nunca los ha querido, y por lo
mismo que ahora le hacen la rueda... Ella
no es tonta y estima en lo que valen sus
arrumacos. En suma: Cristeta será la here-
dera, y si Luciano no es tonto...

FAUSTINA.—Sí, hazte ilusiones. Si doña
Salomé la deja por heredera, procurará ca-
sarla a su gusto, no con un paleta como
Luciano.

ROMUALDO.—¡Paleta!... Para eso le he
mandado al Instituto este año. Y además,
es buen mozo y se ha criado con Cristeta,
y se quieren; y la niña, tampoco puede as-
pirar a mucho; al fin y al cabo una hija de
contrabando... con todo su dinero... Y sobre
todo, que el chico no sea tonto... y lo demás
corre de mi cuenta.

LUCIANO. (Fuera).—¡Madre! ¡Madre!

FAUSTINA.—Voy. ¡Ay, mi almuerzo!

ROMUALDO.—Luego me verá... ¿Ves esto?
Pues para la boda me haré una levita en
Madrid, y tú un vestido de terciopelo.

FAUSTINA.—Me parece que no. (Sale.)

ESCENA II

DON ROMUALDO y DOÑA SALOMÉ

ROMUALDO.—Señora...

SALOMÉ.—Buenos días, Romualdo, ¿has
mandado enganchar?...

ROMUALDO.—Sí, señora.

SALOMÉ.—Buen día tenemos hoy... Voy a
hacer que me sirvan aquí el chocolate. ¡Per-
míname!...

ROMUALDO.—Deje usted, yo avisaré. (En-
tra una criada.)

CRIDA.—¿Qué manda usted?

SALOMÉ.—El chocolate. (Sale la criada y
vuelve poco después con el chocolate.) ¿Gus-
tas?

ROMUALDO.—Buen provechito.

SALOMÉ.—Qué elegante te has puesto.

ROMUALDO.—¡Phs!... la cosa no es para
menos... hacer de embajador como quien dice.

SALOMÉ.—Ya veremos por dónde sale mi
señor sobrino... ¡Como se parezca a mi her-
mano... ¡Cabeza más destornillada!... Te di-
go que maldita la gracia que me hacen estos
belenes. Estábamos aquí tan ricamente, so-
litos... En fin, todo sea por Dios. Está visto
que yo no puedo estar nunca tranquila.
¿Y tu mujer? Hoy tendrá que ayudar en la

cocina, porque esas muchachas se atolondran y no hacen cosa de provecho.

ROMUALDO.—Como usted mande. Estará dando de almorzar al chico: voy a avisarla.

SALOMÉ.—No, déjala: tiempo hay... ¿Y qué tal el señor bachiller? Parece que no le ha probado muy bien el estudio. Está más delgado.

ROMUALDO.—No le hace, de todos modos está guapo, aunque me esté mal el decirlo.

SALOMÉ.—Eso sí, pero yo creo que haces mal en sacarle de su esfera.

ROMUALDO.—¿Y qué quiere usted? Aquí no podía aspirar a nada. A él no le tira el trabajo como a mí... Siempre le ha gustado más estar a la bartola que andar por esos campos; y para eso, mejor es estudiar. ¿Que no tiene uno ganas de hacer nada? Pues coge uno un libro, y, aunque sea acostado, lee que te lee, algo se queda. No como aquí, trabaja que trabaja. Y luego ¿para qué? Ya lo ve usted, para no salir nunca de pobre y de palurdo, y para que vengan de Madrid esos señores de estudios a aturdirnos con cuatro voces y a sacarnos los votos para darse ellos la gran vida a costa de nuestro sudor.

SALOMÉ.—Vaya, vaya Romualdo, ¿si quieres tú echar tu cuarto a espadas en la política al cabo de tus años?

ROMUALDO.—No señora, a mí en todo eso, ni me va ni me viene nada, allá ellos. Yo doy mi voto al que me parece mejor; sobre todo, más campechano. ¿eh? Que no se nos venga con humos ni altanerías. Pero francamente... para mi hijo deseo algo más... Y no son fantasías, señora: es que Luciano para ser feliz, tiene que aplicarse... porque ha puesto los ojos muy arriba, y francamente, aunque no le miren mal y parezca que no hay distancias, no siempre se miran las cosas de la misma manera. Los chicos no piensan, pero después entra la reflexión.

SALOMÉ.—Explícate. ¿Luciano tiene novia? Alguna señorita por lo que oigo.

ROMUALDO.—Mire usted, señora, usted deba saberlo, y es mi deber decirselo a usted todo. El chico está loco por Cristeta.

SALOMÉ.—¿Cristeta!

ROMUALDO.—Ya ve usted: ella es una señorita... Y es lo que yo le digo: que no puede ser Luciano, que no puede ser. Que si ella te hace caso ahora, es porque es una niña que no ha visto el mundo y no sabe de comparaciones todavía. Os habéis criado juntos, habéis tenido los mismos cariños, los mismos juegos, y os creéis iguales; pero ya verás cuando se haga cargo de la diferencia que hay entre los dos: ella, una señorita rica; tú, un paletón rudo, pobre, ignorante... Ya ve usted si tengo razón. Pero vaya usted con consejos a esos muchachos cuando les entra de firme.

SALOMÉ.—Vaya, vaya, ¿conque todo eso pasaba cerca de mí y yo sin enterarme?... No es extraño. Cristeta no habla apenas conmigo... parece que me tiene miedo... parece que mi cara sólo inspira respeto...

Y me juzgan mal todos. Green que tengo mal carácter, que no tengo corazón.

ROMUALDO.—No, señora.

SALOMÉ.—Sí, sí; porque estoy siempre triste, toman por mal humor mi tristeza... Hablando de otra cosa. Luciano es un buen chico, y si Cristeta le quiere, no creas que será yo quien se oponga a su felicidad. La distancia que los separa no es tanta como supones: ella no es muy rica; ya sabes que su padre murió arruinado, y con lo poco que dejó no tuvo bastante para pagar sus deudas, y si el legado que dejó a su hija pudo cumplirse, fué... me cuesta decirlo; gracias a mí.

ROMUALDO.—No me apura a mí eso: hasta ahora todo va bien. Pero la gente ha dado en decir que usted se lo deja todo a Cristeta... y en ese caso, ya ve usted que sentir nosotros en una boda tan desigual, que pudiera hacernos parecer interesados, eso no. Por eso he creído mi deber dar a usted cuenta de lo que hay, para que usted disponga lo más conveniente. Si no puede ser, aunque sea mandaremos al chico muy lejos... Le costará una enfermedad, ¡quién sabe! pero antes que todo, es lo que debemos a usted y a esta casa.

SALOMÉ.—Lo pensaré y veremos.

ROMUALDO.—(Aparte.) ¡Hum... no suelta prenda!

ESCENA III

DICHOS y AMALIA al mirador.

AMALIA.—Muy buenos días.

SALOMÉ.—¡Hola, hola, buenas horitas de levantarse!

AMALIA.—No, hija: estoy de pie desde las ocho; pero hoy había que hacerse un poco la toilette... ¡Como esperamos nada menos que a un futuro ministro!

SALOMÉ.—Me parece que sí. ¿Quieres tomar aquí el chocolate?

AMALIA.—No, gracias: ya he tomado una taza de caldo. Yo no puedo tomar todos los días una misma cosa: me canso en seguida. Allá voy.

ROMUALDO.—Sí... ella, por catar caldos...

SALOMÉ.—No murmure usted... (Entra Amalia.) Hija, ¡qué elegante y qué guapa!

AMALIA.—¿Qué te parece el peinado?

SALOMÉ.—Admirable.

AMALIA.—No sé cómo me ha salido bien; porque con tanta pena como tiene una, se pierde el gusto de todo. ¡Ay, Dios mío de mi alma!... pero ¿qué se ha de hacer!... ¿Se me conocen mucho los polvos?

ROMUALDO.—Vaya, señoras, me voy despacio hacia el parador, no se me haga tarde.

SALOMÉ.—Sí, vé.

ROMUALDO.—Hasta ahora. (Sale muy despacio.)

ESCENA IV

AMALIA y SALOMÉ

AMALIA.—Buen cuquito está este Romualdo. Bien se conoce que ha sido hortelano de monjas.

SALOMÉ.—¡Pobre hombre!

AMALIA.—Sí, pobrecito... bien hace su Agosto a costa tuya.

SALOMÉ.—No seas mal pensada, mujer.

AMALIA.—Bah, si tú lo piensas lo mismo que yo, ¿a qué vienes con hipocresías?

SALOMÉ.—¡Hipocresías?

AMALIA.—Sí, mujer, perdona; pero yo soy muy clara. Tú misma me decías ayer que el tal Romualdo te presentaba unas cuentas que ni las famosas del Gran Capitán, y ahora te asustas porque te digo que es un cuquito: en todo eres así. Y tú no sabes lo cómica que resulta esa lucha que sostienes continuamente entre tu natural, violento como pocos, y tus ideas exageradamente religiosas.

SALOMÉ.—¿Tú también me juzgas así?

AMALIA.—¡Vaya! ¡Si sabré yo el genio que tú tienes!... Figúrate que mi pobre hermano, en cuanto tenéis algún disgusto, le faltaba tiempo para venir a contármelo. ¿Qué tiene de particular? Yo también tengo muy mal genio: una fiera, hija. Y eso que ahora, desde que perdí a mi marido, he tenido que sufrir tantas humillaciones... ¡Cuando una no tiene!... Pero, aun así, con motivo del expediente de mi viudedad, he armado cada escándalo en esas oficinas de mis pecados... Un día, si no me le quitaban de delante, ahogo a un oficial primero de la secretaría particular del ministro de Hacienda.

SALOMÉ.—¡Jesús!

AMALIA.—Tú no sabes lo que he pasado. Gracias a ti que has sido una verdadera hermana para mí, una madre para mi hijo.

SALOMÉ.—¡Quién se acuerda de eso!

AMALIA.—Y mi José Luis, ¿dónde anda?

SALOMÉ.—Con Cristeta y Magín por el campo.

AMALIA.—Eso es. Ya le tengo dicho que no tome el sol. Tan delicado como está... Ese hijo me va a quitar la vida. Tú no sabes lo malo que se me puso en Madrid. Si no me lo traigo aquí, se me muere.

SALOMÉ.—Pues no lo parece. Yo creo que eres muy aprensiva y te asustas sin motivo. El chico está bueno, de buen color, corre, juega.

AMALIA.—¡Ay, no digas eso! Si no come nada... Está muy delicado: créeme. Si hubiera seguido estudiando, enferma del pecho. No puede hacer nada el pobrecito; ya ves qué apuro. Total: que vivimos ateniéndonos a mi viudedad: una miseria. Esto es, ho-

rrible. Así estoy yo, siempre triste, cuando antes no había genio más alegre... ¡Tú no sabes lo triste que es necesitar de nadie en el mundo! Ahora mismo puede que te estesmos incomodando; pero ya ves, la salud de mi José Luis es lo primero.

SALOMÉ.—¡Incomodar! De ninguna manera.

AMALIA.—Yo no tengo genio para necesitar de nadie. Yo, que soy tan clara, tener que aguantar en silencio mil impertinencias de todo el mundo... No lo digo por ti, ni lo pienses. Tú eres mi hermana, otra madre para mi hijo, un ángel... (La besa.) Ya sabes que siempre te he querido mucho y que en todas las cuestiones de tu matrimonio te he dado a ti la razón. Tú no sabes lo que yo predicaba a mi hermano. "Infame... ya podías sentar la cabeza, que tienes una mujer que no te la mereces, una santa, un corazón de oro, y la estás matando a pesares..." ¡Pobre hermano mío!... ¿Tienes un alfiler? (Se lo da y se sujeta un lazo del vestido.) No te aflijas... Pero, ¿dónde estará ese José Luis?... Y la culpa la tiene Cristeta, ese macho, esa salvaje.

SALOMÉ.—¡Pobre niña!

AMALIA.—¿Lo ves? Otra prueba de tu carácter. Si por más que haces no podrás nunca querer a esa chica, ¿por qué la tienes a tu lado, sufriendo continuamente?

SALOMÉ.—¿Y qué podía yo hacer? Mi esposo, al morir, me dijo, con dolorido acento que no olvidaré nunca: "Salomé, esposa mía, en este instante sólo dos cosas me atormentan y me remuerden la conciencia; lo que te he hecho sufrir, y el pensar qué va a ser de una pobre hija mía abandonada." Yo te juro que seré su madre, le respondí. ¿Dónde está? "Magín podrá darte noticias... ¡Qué buena eres!..." Y expiró estrechándome las manos.

AMALIA.—Sí, muy santo y muy bueno que recogieras a esa niña. Figúrate lo que hubiera sido de ella en manos de una tía suya... ¡Qué horror! Pero al fin y al cabo es un recuerdo vivo de las infidelidades de tu señor esposo, y tenerla a tu lado es un tormento constante para ti. Debiste llevarla a un buen colegio... a un convento mejor, a ver si la tiraba el claustro, que sería lo más acertado para ella. Allí siquiera se hubiera educado; no que metida aquí desde pequeña, se ha hecho una salvaje, holgazana, que no sabe más que correr por andurriales, jugar con los chicos del pueblo y estar siempre pegada a esa buena pieza de Magín, oyéndole historias y romances disparatados.

SALOMÉ.—Es muy niña. Ya pensaremos en educarla.

AMALIA.—Lo que es mientras vivais aquí... ¿Piensas estarte toda la vida en el pueblo?

SALOMÉ.—¿Volver a Madrid...? ¡Oh, no, le detesto! He sufrido tanto en él...

AMALIA.—Entonces, lo mejor que puedes hacer es separarte de ella y meterla en un buen colegio. De otro modo con esa vida y esa libertad, el mejor día te da un disgusto. Es una loca... y la sangre tira siempre.

ESCENA V

DICHAS y JOSÉ LUIS con la cara untada de moras y arañada. Al ver a su madre se limpia con el pañuelo.

AMALIA.—Venga usted acá: saluda a la tía. Pero ¿qué tienes? ¡Jesús!... ¿Ves esto? ¿Lo ves? ¿Lo ves?... ¿Cómo te has puesto así? ¡Si me vas a quitar la vida!

SALOMÉ.—Mujer, no es para tanto. Habrán cogido moras...

AMALIA.—¿Y estos arañazos, quién te los ha hecho?

J. LUIS.—Cristeta, jugando.

AMALIA.—Si no fueras con ella... ¿Qué te tengo dicho?

J. LUIS.—Estábamos jugando a las batallas.

AMALIA.—¡Qué bonitos juegos!

J. LUIS.—Ella era Isabel la Católica: yo era moro... Magín tocaba la trompeta.

AMALIA.—¡El viejo chiflado...! No tiene él la culpa, sino quien le agnanta...

SALOMÉ.—Es un criado antiguo de casa de mi esposo. Sobre todo, con meter a José Luis en un fanal...

AMALIA (Aparte).—Si me dejara llevar de mi genio...

SALOMÉ.—Vaya, vaya... voy a dar una vuelta por la casa, a ver si está todo arreglado, por que si no, voy a decir algún disparate... ¡Dios me perdone! (Sale.)

ESCENA VI

AMALIA y JOSÉ LUIS

AMALIA.—La muy... ¡Ay... si yo fuera rica!

J. LUIS.—Vámonos a Madrid. Yo no quiero estar con la tía.

AMALIA.—Usted se estará donde le manden, y como vuelvas a jugar con Cristeta... con esa marinacho, hija de nadie...

J. LUIS.—¿Pues no es prima mía?

AMALIA.—Cállese usted. ¿Has tomado ya el chocolate?

J. LUIS.—No. No tengo ganas.

ESCENA VII

DICHOS, CRISTETA y MAGÍN

CRISTETA.—¡Granada por el cristiano! ¡Granada por Isabel...! (A Magín.) Mira

mira el infiel marroquí donde se ha metido... Buenos días, tía, ¿ha descansado usted?

AMALIA.—Sí, ven a reírte de la gracia... Vamos, hijo, tienes que tomar algo; así no puedes estar.

J. LUIS.—No tengo gana.

CRISTETA.—Claro; como que se ha comido así de albaricoques y de cerezas.

AMALIA.—¿A ver la lengua? Ahora mismo a purgarte. Venga usted conmigo.

J. LUIS.—Déjame.

AMALIA.—(A Cristeta, mostrándole la cara de José Luis.) ¿Te parece bien? Holgazana... ¿No te da vergüenza, con diez y ocho años?... Más te valía estar cosiendo... zán-gana. (A Magín.) Por supuesto, usted tiene la culpa... (Magín pasa al otro lado.) ¿Qué hace usted?

MAGÍN.—Nada. Que en tantas campañas como he tomado parte, no he podido perder menos que este ofdo, y me alegro; porque así, en cuanto empiezan a decirme algo que no me gusta, le aplico, y como si no me dieran nada. Puede usted decir lo que guste, señora.

AMALIA.—Si estuviera usted en mi casa, ya vería usted... carcamal, armatoste...

MAGÍN.—No oigo nada absolutamente.

AMALIA.—Déjeme usted en paz... Ven, porque si no me contengo... (Sale muy enfadada con José Luis.)

ESCENA VIII

CRISTETA y MAGÍN

MAGÍN.—¡Vierta usted su sangre por la patria, para que le traten a uno de esta manera!...

CRISTETA.—No hagas caso. También a mí me ha llamado holgazana. Y ¿yo qué culpa tengo? No han tenido paciencia para enseñarme a nada... Además, a mí no me gusta coser. Estese usted clavada en una silla, con los ojos fijos... Prefiero correr por el campo: ¿no tengo razón?... Y no es para que sea holgazana. Lo que yo quisiera es servir para algo; pero algo muy grande. Mira, anoche soñé que era Isabel la Católica. Estaba yo más guapa, con un vestido verde cuajadito de brillantes y perlas, y una corona más hermosa... Verás. Tú eras Cristóbal Colón, y venías llorando a pedirme un barco. Yo te decía que los moros no me dejaban tiempo de pensar en barcos, y me iba a caballo a la guerra, con muchos soldados que decían, ¡qué cosa más rara! decían: "¡Viva Cristeta!" ¡Qué cosas se sueñan!... Después entraba en Granada... Había un moro más feo, si vieras... Me parece que le estoy viendo. Y entonces era yo quien volvía a buscarte, y quitándome la corona, te la daba para comprar barcos, y después me quitaba el vestido y me quedaba como estoy ahora. Tú te arro-

dílabas llorando, y entonces yo, me marchaba también contigo en un barco... y nada más. Entonces me desperté. Otras veces sueño que soy la heroína de Zaragoza... o Juana de Arco; y siempre estás tú a mi lado... pero más joven; con tu barretina de voluntario en la guerra de Africa, como en el retrato... Anda, cuéntame otra vez la toma de Tetuán.

MAGÍN.—No, nena mía. Me entristecen esos recuerdos... otras veces me alegran; pero hoy no, estoy muy triste... Es de esos días en que me encuentro más viejo y más inútil, y comprendo que sólo sirvo de estorbo y sólo a la caridad debo un rincón donde acabar mi vida.

CRISTETA.—¡Como yo! Nadie me quiere... Somos los dos estorbos en esta casa. Por eso Dios nos ha juntado, para que no seamos del todo inútiles. Tú me quieres a mí, yo a tí: ya servimos para algo.

MAGÍN.—¿No quieres que te bese? (La besa.)

CRISTETA.—Sí... me has pinchado con las barbas.

MAGÍN.—Embusterilla. ¿Es que no quieres que te bese?

CRISTETA.—Ni tú ni nadie. No me gusta; tienes razón. Cuando yo era pequeña, mi tía, siempre me estaba regañando, y algunas veces me pegaba por eso: tenía muy mal genio mi tía. Luego, tú fuiste por mí, me trajiste con mi tía Salomé: mi otra tía no quería dejarme.

MAGÍN.—Y ¿cómo te acuerdas si hace tanto tiempo? No tendrías entonces cuatro años.

CRISTETA.—Yo me acuerdo de todo... De quien no me puedo acordar por más que hago es de mi madre... imposible. Era yo tan pequeña... ¿Sabes lo que recuerdo? La caja, cuando la llevaron a enterrar. Yo la miraba, sin comprender lo que era aquello. Entonces una vecina... me acuerdo como si lo estuviera viendo, me pasó la mano por la cabeza y me dijo: "Pobrecita, que sola te quedas." Entonces, sin saber por qué, me eché a llorar, y desde aquel momento empecé a darme cuenta de todo. Cuanto me ha sucedido después lo recuerdo todo: la casa de mi tía en Valencia; el mar... cuando tú fuiste con tu uniforme. Todo, todo... Es decir que empecé a vivir cuando debía haberme muerto, el día en que perdí a mi madre.

MAGÍN.—¡Qué guapa era!...

CRISTETA.—¿Se parecía a mí?

MAGÍN.—¿Por qué lo preguntas, por saber cómo era ella, o por saber si tú eres guapa? ¡Presumida!...

CRISTETA.—¿Yo?... A buena hora me lo recuerdas, que tengo que arreglarme un poco.

MAGÍN.—¿No lo dije? Si pasas el día mirándote al espejo.

CRISTETA.—Cabalmente me cuido yo del palmito. Mira como estoy, despeinada, untada de moras: voy a arreglarme... ¿No sabes que hoy viene un primo mío, que nadie le conoce?

MAGÍN.—Es verdad, no me acordaba ya: el diputado.

CRISTETA.—Se llama Román; es hijo de un hermano de tía Salomé, de modo... Yo no sé... A mí me han dicho que es primo mío... Yo me embarullo cuando empiezo a revolver parentescos: todos son tíos y primos míos... Dicen que tiene mucho talento. Ya ves, cuando viene a ser diputado... ¿Tú sabes lo que es ser diputado, Magín, tú que lo sabes todo?

MAGÍN.—¡Setenta años corriendo por esos mundos!... Lo que yo no haya visto... ¡Diputado!... Pues mira... diputados, son unos señores que se reúnen todos los días en un salón, el Congreso, un palacio que hay en Madrid. Pues... hablan de todo: de las cosas que pasan... Cada pueblo tiene uno, ¿eh? que lo eligen entre todos, para que los defienda y hable por ellos.

CRISTETA.—¿Sí?... ¡Qué buenos deben ser esos señores! Y ¿a quién le cuentan todo eso?

MAGÍN.—A los que mandan. Que hacen algo que no está bien, pues se levanta un diputado y le dice: Usted ha hecho mal, por esto y por esto... y no puede quedar así. Y el otro le contesta.

CRISTETA.—De modo, que mi primo Román hablará allí del pueblo, dirá que aquí hay muchos pobres, que se pierden las cosechas y hay quien se muere de hambre y de frío en el invierno... ¡Qué bueno debe ser mi primo! ¿No le tienen que elegir entre todos? Vótale tú también.

MAGÍN.—Eso es cosa de los Ibáñez... del Garduña...

CRISTETA.—¡Ese borrachón que da cada paliza a su mujer!... ¿Cómo le van a defender a ese?... No lo entiendo... Ea, voy a arreglarme.

ESCENA IX

DICHOS y LUCIANO saliendo de su casa y después FAUSTINA

LUCIANO.—¡Cristeta!

CRISTETA.—Luciano...

MAGÍN.—¿Aún no le habías visto... hecho un letradillo?

LUCIANO.—Cuidado si estás guapa... pero más delgada... Chica, eso no está bien; mírame a mí a pesar de los estudios... ¡Ay, qué estudios, chica!... Vas a ver los libros... (Por la ventana.) ¡Madre! ¡Madre!... Dame usted acá los libros para que los vea Cristeta. (A Cristeta.) Te vas a asustar.

FAUSTINA (Asomándose a la ventana).—Toma. ¡Hola, Cristeta! ¿Te está diciendo disparates? No le hagas caso. ¿Pues no acaba de decirme que el mundo está siempre dando vueltas y vueltas?... mira tú.

LUCIANO.—Que es verdad, madre.

FAUSTINA.—Anda de ahí; aunque me lo predicaran frailes descalzos.

LUCIANO.—¿Usted qué sabe, madre?

FAUSTINA.—Sí; que hace falta saber mucho, para saber que el mundo está quieto.

LUCIANO.—Que no sea usted animal, madre.

FAUSTINA.—Que me dejes en paz, que no estoy para oír desatinos. (*Cierra muy enfadada.*)

LUCIANO.—Ja, ja... ¿Tú crees que el mundo da vueltas?

MAGÍN.—Ya lo creo que da. ¡A mí me han echado flores y coronas las muchachas!

CRISTETA.—Yo qué sé. Tú que has estudiado lo sabrás mejor. ¿A ver, a ver los libros? Geografía... Chico, ¡qué nombres!

LUCIANO.—¿Eh, qué tal?... Meterse todo eso en la cabeza. Pues ¿y el latín?

MAGÍN.—De modo que ya entenderás de la misa la media por lo menos.

CRISTETA.—Y ¿qué tal? ¿qué tal te ha ido por allá?

LUCIANO.—Superiormente... Acordándome mucho de ti... siempre que veía alguna chica guapa. Y ¡canastos! si las había guapas y elegantes... Si tú fueras vestida como ellas... Vamos, todavía no me has dado un abrazo.

CRISTETA.—No te le doy; ea, déjame.

LUCIANO.—Pero ¡chica! (*Se oye ruido de cascabeles.*)

MAGÍN.—Ya llega.

CRISTETA.—Y yo sin arreglar. ¿Lo ves? por ti. (*Sale corriendo.*)

LUCIANO.—Ea; me escurro; aquí no pinto nada... ¿Vamos a echar un tute, Magín?

MAGÍN.—Por mí, vamos.

LUCIANO.—Saldremos por el corral. (*Al pasar por la ventana.*) ¡Madre! ¡Madre!

FAUSTINA.—¿Qué?

LUCIANO.—Que me ponga usted a la lumbre el cabrito pa cuando vuelva. (*Salen.*)

ESCENA X

AMALIA, al mirador; después ROMÁN, ROMUALDO, SALOMÉ, JOSÉ LUIS y CRISTETA

AMALIA.—¡Ya viene! Vamos abajo... (*Sale de la casa. Entra Román y don Romualdo.*)

ROMUALDO.—Pase usted. Voy a avisar.

ROMÁN.—¡Tía! (*Abrazándola.*)

AMALIA.—No; su tía de usted no soy yo.

ROMÁN.—Usted perdone.

SALOMÉ.—No importa; todos somos de la familia. Mi cuñada Amalia...

AMALIA.—Mi hijo...

ROMÁN (*A Salomé, por Cristeta.*)—¿Hija de usted?

SALOMÉ.—No; yo no tengo hijos; sobrina.

ROMÁN.—Por muchos años.

AMALIA (*Aparte.*)—Pues señor, está bien enterado de la familia...

ROMÁN (*Aparte.*)—El recibimiento no poca de afectuoso.

SALOMÉ.—Entremos. Necesitarás descansar.

ROMÁN.—No; lavarme nada más. En seguida debo ponerme en movimiento. (*A Romualdo.*) ¡Ah! No se olvide usted de avisar al Gatejo.

ROMUALDO.—Ya he enviado a un mozo.

SALOMÉ.—Vamos. Ah, ¿tu padre está bien?

ROMÁN.—Perfectamente. ¿Ustedes están bien todos?

SALOMÉ.—Muy bien.

AMALIA (*Aparte.*)—Un poco tarde... Y es buen mozo. (*Salen todos menos Cristeta y José Luis.*)

ESCENA XI

CRISTETA y JOSÉ LUIS

J. LUIS.—¡Están haciendo unas natillas...!

CRISTETA.—Déjame. Tu madre no quiere que te juntes conmigo.

J. LUIS.—Pues yo sí quiero. ¿Vienes a la cocina a rebanar la fuente, tú que tienes más confianza?

CRISTETA.—Sí, vamos, vamos.

ESCENA XII

DICHOS y el GATEJO

GATEJO.—Eh, chicos, avisad al señor don Román que está aquí don Isidro Lapuente y Casanueva que tiene que hablarle.

J. LUIS.—¿Don Isidro qué?

CRISTETA (*A José Luis.*)—No hagas caso; si es el Gatejo, que viene para eso de las elecciones. (*Salen. El Gatejo se sienta.*)

ROMÁN.—Estoy acabándome de arreglar, en seguida bajo; usted dispense.

GATEJO.—No, pásese usted por casa y hablaremos.

ROMÁN.—Espere usted, hombre, lea usted mientras esta carta que me han dado para usted... (*Tira una carta.*)

GATEJO (*Abriéndola.*)—¡Ah! de don Francisco. (*Lec.*) Está bien, se hará lo que se pueda. Pásese usted luego por casa ¿eh? Romualdo sabe. No vaya usted antes de las cinco porque duermo la siesta. Usted se conserve bueno, amigo. (*Sale.*)

ROMÁN.—El calvario del diputado! Adelante, Román, adelante. (*Entra y cierra.*)



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se oyen voces y palmas; después salen de la casa de la derecha varios paletos y detrás ROMÁN y luego ROMUALDO

PALETO 1.º.—¡A votar!...

PALETO 2.º.—¡Vamos, vamos!

TODOS.—¡Viva!...

ROMÁN.—Gracias, muchas gracias... *(Los acompaña hasta la puerta y después se sienta dando señales de cansancio.)*—¡Uf!...

ROMUALDO. *(Saltando de su casa lo mismo que en el primer acto.)*—¿Cómo va ese valor?

ROMÁN.—Calle usted, calle usted... Ahora mismo acabo de despedir a los principales electores. Me han hecho pronunciar un discurso, estoy ronco... ¡Uf, qué calor!

ROMUALDO.—Tenemos hoy un día... milagro será que no se arme tormenta. ¿No viene usted hacia el colegio? Parece que los de don Higino se mueven con todas sus fuerzas.

ROMÁN.—No las tengo todas conmigo.

ROMUALDO.—No tenga usted cuidado, teniendo al Gatejo de su parte...

ROMÁN.—Y ¿quién se fía de él si cada día piensa una cosa? Todavía no ha parecido hoy por aquí.

ROMUALDO.—Pues yo, con su permiso, voy a dar un vistazo, no sea que se nos escabulla alguno.

ROMÁN.—Muchas gracias, don Romualdo; nunca le agradeceré a usted bastante el interés que me demuestra.

ROMUALDO.—No hay que hablar... Me ha sido usted simpático desde que le ví, y yo, cuando quiero, quiero de veras y sé cumplir como se merece cada cual. Usted me ha prometido emplear al chico en cualquier cosa para que se ayude en sus estudios, y no soy ingrato, señor don Román, y en todo aquello que de mí dependa, tenga usted la seguridad...

ROMÁN.—Muchas gracias. *(Viendo aparecer al Gatejo.)*—Ah, ya está aquí ese.

ROMUALDO.—Hasta ahora. *(Sale Romualdo.)*

ESCENA II

ROMÁN, el GATEJO y después CRISTETA

ROMÁN.—¿Qué hay, amigo?

GATEJO.—Bien, gracias... *(Le alarga la mano que Román, distraído, no estrecha hasta que notando un movimiento de disgusto en el Gatejo, le pone la mano en el hombro y le abraza con efusión.)*

ROMÁN.—¡Ah, amigo mío!...

GATEJO.—Malo anda aquello.

ROMÁN.—¿Cómo?

GATEJO.—Yo no sé cómo se las ha compuesto aquella gente, que sacan votos de debajo de las piedras.

ROMÁN.—Sí, ¿eh? De modo que usted cree...

GATEJO.—Déjeme usted a mí; yo me entiendo. Yo voy más tarde; pero más seguro.

ROMÁN.—Es que yo tampoco quiero imposibles, ni que por mí... eso no, la ley ante todo.

GATEJO.—Pues ya se ve... nadie dice otra cosa... Vamos claros; ¿usted quiere salir diputado o no?

ROMÁN.—¡Hombre, me parece que cuando estoy aquí! Crea usted que por capricho no me hubiera molestado.

GATEJO.—Bueno... pues... Con su permiso. *(Quitándose el sombrero.)* ¡Vaya un día de calor!

ROMÁN.—¿Quiere usted refrescar? ¡Muchacha...!

GATEJO.—No; por mí... *(Entra Cristeta.)*

CRISTETA.—¿Qué quiere usted?

ROMÁN.—Dí que traigan... ¿Qué quiere usted?

GATEJO.—Cualquier cosa: aguardiente o... lo que usted quiera; por mí...

ROMÁN.—Que traigan ron... y para mí agua fresca.

CRISTETA.—Agua de naranja es mejor. Yo misma lo traeré.

ROMÁN.—No, hija, no te molestes; avisa a Fermína.

CRISTETA.—Bah. *(Sale.)*

GATEJO.—Bueno: pues como le iba di-

ciendo, yo voy a echarme ahora a buscar gente. Lo que hay es que andan todos algo escamados, porque uno promete mucho, y luego, ya sabe... Y por gusto nadie se mueve de su casa para meterse donde no le importa y jugarse, si a mano viene, la cabeza.

ROMÁN.—¡ Hombre!

GATEJO.—Usted no sabe lo que es el Garduña, como él vea el negocio perdido... De manera que... ¿nos hemos entendido, sí o no?

ROMÁN (*Sacando billetes de la cartera.*)—Creo que sí.

GATEJO.—¡ Ajá! con esto y una pipa de aguardiente que me ha mandado un cuñado de la parienta, que está en Chinchón, sale usted por encima del pueblo y por el sufragio universal, como quien dice. (*Entra Cristeta con vasos y botellas.*)

ROMÁN (*Aparte.*)—Sí: representante del triple ans.

GATEJO (*Después de beber.*)—¡ Buen licorrete! Sin sentir se bebe. (*Leyendo la etiqueta.*) Rhum, Rhum... cosa de extrangis.

ROMÁN (*Aparte.*)—Esta gente va a hacer alguna barbaridad, como si lo viera. (*Año.*) ¡ Qué calor! ¡ Ay!... no puedo más.

CRISTETA.—¿ Está bueno?

ROMÁN.—Sí. Muchas gracias, primita. ¿ Quieres que te diga la verdad? Tú me haces el mismo efecto en esta casa que este agua fresca que ahora bebo. Eres la única nota alegre y simpática en ella. Entre el rostro severo y ceñudo siempre de doña Salomé, las gracias pasadas de doña Amalia, la ambición hipócrita de don Romualdo, la frialdad en los unos, el interés y la codicia en los otros, refresca el alma mirarte, como refresca este agua mi garganta enronquecida de tanto perorar, mendigando un miserable voto, a quien se venga de una vida, puramente animal, de esclavitud y de miseria, en un día que se cree persona al fin, porque representa un número.

CRISTETA.—Estará usted cansado de tanto trajín. Todo el día a caballo de pueblo en pueblo, hablando y atendiendo a todos... Hoy debe usted descansar. ¿ Por qué no duerme usted una buena siesta en su cuarto que está tan fresco?

ROMÁN.—¿ Dormir? Sí, buen día se prepara. En cuanto sepa el resultado de la elección tengo que marcharme a Moraleda a arreglar un asunto con el Gobernador, y desde allí, mañana a más tardar, a Madrid.

CRISTETA.—¡ Tan pronto!... ¿ De modo que sale usted esta tarde en la diligencia?

ROMÁN.—Sí... pero no me llames de usted: ya te lo tengo dicho.

CRISTETA.—No me atrevo.

ROMÁN.—¡ Bah! ¿ No somos primos? ¿ no te llamo yo de tú?

CRISTETA.—No es lo mismo: yo soy una chiquilla.

ROMÁN.—No tal. ¿ Cuántos años tienes?

CRISTETA.—Diez y ocho.

ROMÁN.—¿ Y quieres mucho a doña Salomé? la verdad: si yo tuviera que vivir

siempre con ella, me moría... Bien decía mi padre.

CRISTETA.—Es muy buena.

ROMÁN.—Eso sí; muy cristiana, pero...

CRISTETA.—Calle usted, que viene... ¿ Quiere usted más? (*Recogiendo los vasos.*)

ROMÁN.—No, gracias.

CRISTETA.—Hasta luego. (*Sale, dejando pasar a doña Salomé y Amalia.*)

ESCENA III

DOÑA SALOMÉ, AMALIA y ROMÁN

AMALIA (*Al entrar, a Cristeta.*)—Cristeta, mira con cuidado si José Luis está durmiendo y avísame. A fuerza de ruegos he podido acostarle. ¡ Pobre criatura! No duerme nada. Por más que digan, está muy delicado. ¿ Qué tal, Román? ¿ Sabe usted algo?

SALOMÉ.—A propósito, sobrino, si no temiera ofenderte, desearía hacerte una indicación.

ROMÁN.—Diga usted cuanto quiera con toda confianza.

SALOMÉ.—He sabido que al recorrer el distrito, te has presentado a mis colonos como sobrino y patrocinado mío.

ROMÁN.—¿ Y no es verdad?

SALOMÉ.—Ya te indiqué que mi intención era descartarme todo lo que pudiera de esta lucha. Sabe Dios lo que dirán de mí al verme mezclada en estas cuestiones, bien contra mi voluntad.

ROMÁN.—Usted perdone... Pero sepa usted que si me he atrevido a tomar su nombre, ha sido con la confianza de que usted me dispensaría su protección.

SALOMÉ.—¿ Quién lo duda!

ROMÁN.—Antes de mi venida, mi padre anunció a usted que, por acuerdo suyo y del ministro de la Gobernación, su íntimo amigo, pensaba presentarme diputado por este distrito, donde mi padre creyó que usted me prestaría apoyo, a pesar de antiguos disgustillos... Usted contestó afirmativa y hasta cariñosamente. Por eso no vacilé en venir. Después ha cambiado usted de opinión; acaso no le he sido simpático. De todos modos, el enfado de mi presencia durará tan poco, que no le costará gran sacrificio soportarle.

AMALIA.—¿ Cómo! ¿ Se marcha usted hoy decididamente?

ROMÁN.—Esta tarde.

SALOMÉ.—Veo con pena que no me comprendes tampoco. Yo te quiero, te estimo, deseo vivamente tu triunfo; al fin eres hijo de un hermano, a quien quiero a pesar de todo. Soy la primera en pedir a Dios en mis oraciones que salgas vencedor, si te conviene; pero de eso, a prestar mi nombre y mi influencia para manejos más o menos honrados, eso no. Yo no me meto en los asuntos

de nadie: que me dejen a mí tranquila con los míos... y no tomes, por Dios, a mal mis palabras; no me juzgues como los otros... Era cuanto tenía que decirte. (Sale.)

ESCENA IV

AMALIA y ROMÁN

AMALIA. — No haga usted caso. Está... (Llevándose un dedo a la frente.) No cabe duda. Ella, con muy buenas maneras le ha de decir a usted cuanto se le ocurre, hasta sacarle de quicio; pero ella no se altera nunca, y si estalla por fin y le dice cuatro verdades, todavía se lamentará de que no la comprenden y juzgan sin corazón. Yo, crea usted, que si estoy aquí más tiempo, es por mi pobre hijo únicamente. A propósito. ¡Cristeta! ¡Cristeta!

CRISTETA (Sale al mirador.) — José Luis está roncando. (Entra.)

AMALIA. — ¡Pobrecito! no sé cómo se sostiene; no come nada, no duerme... ¡Ay, qué angustia es ser madre! Usted no sabe lo que yo he pasado en vida y en muerte de mi marido, que en paz descansa. Si yo hubiera tenido el genio de mi cuñada... Figúrese usted, mi esposo que era un cohete... ¡ay!... Pero yo sé muy bien cómo se maneja a los hombres, los conozco muy bien; son ustedes muy particulares.

ROMÁN. — Sí, ¿eh?... ¿así, en plural?

AMALIA. — No sea usted malicioso. ¡Pobre hijo mío! ¡Qué falta le hacía un padre!

ROMÁN. — De usted depende.

AMALIA. — ¡Ay! no me hable usted; ¿yo?... ¡quién piensa en eso!... No tengo edad...

ROMÁN. — ¿Edad?... De los años que puede usted tener, no han pasado por usted más que las primaveras.

AMALIA. — ¡Oh!...

ROMÁN. — ¡Y ha recogido usted todas sus flores.

AMALIA. — ¡Oh!... (Pausa.) ¿Se marcha usted hoy? ¡Ingrato!

ROMÁN. — Sin falta. Además, ¿cómo quiere usted que siguiera aquí, cuando no he visto más que desaires?

AMALIA. — ¿Quién hace caso de Salomé? A mí también me trata de cualquier manera; pero yo aquí me estoy: haga usted lo mismo. Esto es muy sano; le convendrá a usted mucho una temporada de campo, antes de entregarse de lleno a la fiebre de la política. Está usted desmejorado... cuídese usted, no sea usted niño... Todos los hombres políticos se ponen muy feos en seguida; creo que no necesito citarle ejemplos.

ROMÁN. — Con su permiso, voy a escribir dos letras.

AMALIA. — ¡Ya! A estas horas habrá en Madrid alguna persona impaciente...

ROMÁN. — No lo crea usted. He llevado una vida tan agitada, que no he tenido tiempo para querer.

AMALIA. — ¡Bah, ya sé yo quién se aprovechaba de algunas horas robadas al trabajo y al estudio!...

ROMÁN. — Aquello pasó. Fue un sueño de poeta. Una niña rubia y pálida... La conocí en Zarauz, asomada a una ventana, cerca del mar, vestida de blanco, con el pelo suelto y a la luz de la luna... y yo, entonces, en viendo a una mujer vestida de blanco... Entonces escribía yo versos.

AMALIA. — ¿Y ahora?

ROMÁN. — ¡Oh, ahora!... Eso se queda para los veinte años. Buena carrera hubiera hecho yo por ese camino. Figúrese usted que aquel amor me hizo perder un año en mis estudios... Créame usted, con los versos y una niña rubia, vestida de blanco, con el pelo suelto y a la luz de la luna, no se va a ninguna parte.

AMALIA. — ¿De modo que no ha vuelto usted a querer?

ROMÁN. — No, y Dios me libre.

AMALIA. — Y, ¿no piensa usted casarse?

ROMÁN. — ¡Ph! ¿Qué ha de hacer uno?

AMALIA. — ¿Sin cariño?

ROMÁN. — Ni hace falta.

AMALIA. — Se conoce que la niña rubia, con toda su dulzura, le dejó a usted un recuerdo muy amargo. Mucho teme usted al amor.

ROMÁN. — Temo al amor, porque un verdadero amor, es una fiebre que nos absorbe por completo: inquietudes a toda hora, celos, temores; una vida consagrada al amor es una vida inútil. ¡Ser Antonio pudiendo ser César!... Sí, esa es la vida. Pero no consumiéndose entre ruines pasiones. Sufrir por algo grande que fecunde y asombre a la humanidad; no por Julieta, como Romeo; no por Cleopatra, como Antonio: por descubrir un mundo, como Colón; por redimir al hombre, como Jesús. Y, en cuanto al matrimonio, (Levantándose.) confianza mutua, independencia absoluta y buena educación, aseguran mejor la felicidad que el cariño más apasionado.

AMALIA. — ¡Ja, ja!... Algún día volverá la visión de los veinte años vestida de blanco.

ROMÁN. — No hay mujer fea vestida de blanco y con el pelo suelto, créame usted... Voy a escribir, con su permiso.

AMALIA. — ¿Ha recibido usted hoy algún periódico?

ROMÁN. — Sí, aquí están.

AMALIA. — Gracias a usted sabemos lo que pasa en el mundo. Me llevo este. (Cogiendo uno.) Vestido blanco no tengo... Me pondré un peinado y me soltaré el pelo. (Salen.)

ESCENA V

MAGÍN con un fusil y después CRISTETA

CRISTETA (Asomada al mirador.) — ¡Magín!... ¿De dónde vienes con este calor?

MAGÍN (Mostrando la escopeta.) — ¡No lo

ves? De tirar cuatro tiros al aire. Mira, nena, si quisieras bajarme un poco de agua fresca...

CRISTETA.—Voy corriendo (*Entra a poco con un botijo y un vaso.*) Aquí está, heladita, ¡como que ha estado en el pozo! (*Magín bebe a chorro en el botijo.*)

CRISTETA.—No bebas mucho, que estás sudando.

MAGÍN.—Déjame, hija... no podía más.

CRISTETA.—Pero, vamos a ver, ¿dónde está la caza?...

MAGÍN.—¡La caza!

CRISTETA.—¿Cómo! ¿Te has venido sin nada? Me gusta.

MAGÍN.—Calla, hija... ya no tengo pulso, ni vista; nada. ¡Un periódico! (*Fijándose en uno que lee Cristeta.*)

CRISTETA.—Sí... ¡Qué cosas dice! Yo no había leído ninguno nunca, hasta ayer. Habla del Congreso, todo lo que dicen los Diputados. Mira: por aquí debe andar.

MAGÍN.—Ya lo sé. ¡Poquitos periódicos tengo yo leídos! ¡A lo mejor, dicen unas picardías de los que mandan!... Otras veces, todo les parece bien.

CRISTETA.—Claro es, según. Mira, mira; un Diputado pide una carretera, otro una cantidad del fondo de calamidades, para socorrer a un pueblo inundado... ¡Qué buenos dicen tan bien dichas!... ¡Y qué cosas dicen tan bien dichas!... ¡Qué lástima no poder ver a Román en el Congreso! La tía no quiere volver a Madrid. ¡Qué bonito es Madrid!

MAGÍN.—¿Te acuerdas?

CRISTETA.—¡Vaya! Y eso que no estuve allí más que dos días, y hace mucho tiempo.

MAGÍN.—¡Digo si hace! Al traerte yo de Valencia.

CRISTETA.—Cuánto me alegraría ir a Madrid.

MAGÍN.—Eso es, y dejar aquí a este pobre viejo.

CRISTETA.—No; tú vendrías también.

MAGÍN.—No; yo no sirvo para nada: no querrían llevar este estorbo; me dejarían aquí en un rincón.

CRISTETA.—No te apures: si aquí nos estaremos todos, sin saber nada del mundo, como antes. Pues yo voy a decir a mi primo, que me mande los periódicos siempre que hable... y si lo hará, es más bueno... Hace un momento estubo hablando conmigo como si tal cosa, más amable... Le traje un vaso de agua de naranja, porque estaba más sofocado de tanto hablar; ya tú ves, si no para... Y esta misma tarde, en cuanto acaban las elecciones, se marcha a Madrid.

MAGÍN.—Buen viaje.

CRISTETA.—¿No sientes que se vaya? Yo sí. Mientras él ha estado aquí hemos hecho otra vida; se hablaba en la mesa, se reía... Pues los pobres bien le echarán de menos, porque ha hecho más limosnas... Todos le quieren ya en el pueblo.

MAGÍN.—Y tú más que todos.

CRISTETA.—¿Yo?... Claro está que le quiero.

MAGÍN.—¿Más que a mí?

CRISTETA.—Envidioso... si a él no le volveré a ver más y contigo estaré siempre, siempre... hasta que me muera.

MAGÍN.—¿Tú?... Quien se morirá será yo.

CRISTETA.—¡No digas eso! ¡Pues si tú te murieras!...

MAGÍN.—Y si te murieras tú, ¿qué iba a ser de mí?

CRISTETA.—Pues vamos a pedir a Dios morirnos al mismo tiempo.

MAGÍN.—No, tú no; ¡tan niña!...

CRISTETA.—Si creerás tú que me importaría morirme. Mira, cuando me entra la tristeza, y me entra a menudo, no pido otra cosa.

MAGÍN.—¿Y por qué, nena mía? ¿Cuándo estás tú triste que yo nunca lo veo?... ¡Es verdad! yo también lo estoy muchas veces y tú no lo ves tampoco.

CRISTETA.—¿Por qué estoy triste? No lo sé. Cuando parece que estoy más contenta, siento aquí (*En el corazón.*) de pronto, una angustia y un calor que me sube a la garganta, y luego a los ojos... y si no llorara, me ahogaría. Al acostarme, sobre todo, antes de dormirme, pienso unas cosas... Hoy también estoy triste. Cuéntame algo que me entretenga, dime algún romance de guerra o de amores.

MAGÍN.—No, no; me recuerdan otros tiempos y me entristecen. ¿Guerras?... Si no puedo ya con la escopeta. ¿Amores?... Pensar que la zagala que dejé en el pueblo, cuando me marché a servir al rey, estará como yo, y era como tú; con unos ojazos y un pelo... Verdad es que yo también era un real mozo, mejor que don Román, ya lo creo...

ESCENA VI

DICHOS y ROMUALDO muy sofocado. Después FAUSTINA y después ROMÁN

ROMUALDO.—¿Está en casa don Román? (*A Magín.*) Avisale: yo voy a dar un recado. (*Se dirige hacia su casa.*) ¡Faustina! (*Llamándola por la ventana.*)

CRISTETA.—¿Qué trae usted?

ROMUALDO.—Nada, que si nos descuidamos... ¡Faustina! ¿Y don Román? Magín, avísale; haz el favor. (*Sale Magín.*)

FAUSTINA.—¿Qué ocurre?

ROMUALDO (*Quitándose la levita y el sombrero de copa.*)—Toma, pronto, sácame el chaquetón y el sombrero de todos los días.

FAUSTINA.—Pero...

ROMUALDO.—Corre...

FAUSTINA.—Pero entra dentro, ¿no ves que estás sudando?

ROMUALDO.—Déjame, ¿Y el chico?

FAUSTINA.—Durmiendo la siesta.

ROMUALDO.—Avísale, dí que venga; vamos, corre. (*Sale Faustina.*)

ROMÁN (*Sale de la casa, y después Magín.*)
—¿Qué sucede?

ROMUALDO.—Nada; que si no andamos listos salen ustedes empataados. El Gatejo me ha dicho que viniera corriendo a avisarle a usted: hacen falta votos. (*Sale Faustina con la ropa y le ayuda a ponérsela.*) Hemos revuelto todo el pueblo y nada. Aquí traigo unos nombres: Lucas Sánchez... vivé media legua de aquí, en el molino; yo, no hay quien le haga venir a votar desde que le dieron una paliza en otras elecciones... Además, no queda tiempo.

ROMÁN.—Busquen ustedes a toda costa.

ROMUALDO.—Ya, ya... Aquí hay otro: Santiago Muñoz; no se le encuentra en ninguna parte; siempre está borracho, y aquí otros dos que anda buscando Gatejo. Me parece que aquello acaba mal: yo, por si acaso, me he mudado de ropa. Conque ¿qué hacemos?

ROMÁN.—Luchar hasta lo último. Es preciso traer a ese molinero y al otro.

ROMUALDO.—Voy a mandar a mi hijo.

ROMÁN.—Sí, sí; solo queda una hora: corriendo.

ROMUALDO (*A Faustina.*)—¿Dónde está el chico?

FAUSTINA.—Ahora sale. (*Aparte.*) Hacerle ir hasta el molino con este calor... No tienes alma.

ROMUALDO (*Idem.*)—Calla, mujer.

ROMÁN.—¿Cree usted que debo ir por allá?

ROMUALDO.—Al colegio precisamente, no. ¿Sabe Dios lo que puede ocurrir! Vaya usted en casa del tío Curro: allí estará el Gatejo con toda la gente: no estará demás que les eche usted un discurso.

ROMÁN.—Voy, voy.

ROMUALDO.—¡Ah, deme usted de esos papeles de votar!

ROMÁN (*Señalando la mesa.*)—Ahí tiene usted. (*A Magín.*) Magín, que lleven mi equipaje a la diligencia.

ROMUALDO.—¿Se marcha usted esta tarde?

ROMÁN.—Sí... pero ya volveré... (*Aparte.*) (Las espaldas, en cuanto coja yo mi acta.)

MAGÍN.—Será preciso avisar a la administración que le guarde el sitio.

ROMÁN.—Sí, sí; tome usted. (*Le da dinero.*) Lo que sobre para usted, veterano.

MAGÍN.—Señor...

ROMÁN.—¿Se ofende usted?

MAGÍN.—No. Los pobres no podemos ser orgullosos. Sabe Dios que si en algo le puedo servir, no por interés ni... ¿Qué ha de ser! Pero si usted es generoso, amigo, ¿por qué he de rehusarlo? El dinero no viene mal a nadie; yo también tengo mis vicios, fumo, juego... Toma, Cristeta... a nuestra lucha.

ROMÁN.—¿Cómo!

MAGÍN.—Es mi administradora. Dice que yo soy un derrochón, y ella me guarda los ahorros.

CRISTETA.—Claro que sí; si no eras capaz de gastarlo todo en echar humo o jugando a

las cartas, como el día que perdiste seis reales... No te lo perdonaré nunca.

ROMÁN.—¡Ja, ja!... Vaya, voy a ver en qué quedamos. (*Sale.*)

ROMUALDO.—Y yo también.

FAUSTINA.—Buena gana de sofocarse... Ahora te ha ido a entrar por el ojo derecho ese caballerito... ¿No decías que ibas a no metarte en nada?

ROMUALDO.—Déjame, que yo me entiendo. Don Román es una persona formal, y... que yo sé lo que me hago.

FAUSTINA.—¡Bah!

ROMUALDO.—Vamos, avisa al chico... Que no ha de hacer más que comer y dormir... Es mucho Luciano ese.

FAUSTINA.—Déjale que descanse. ¡Pobrecito!

ROMUALDO.—Si tú supieras... me le va a colocar en Valladolid...

FAUSTINA.—¿Quién?

ROMUALDO.—Don Román.

FAUSTINA.—¡Fate...

ROMUALDO.—¡Vaya! Conque... pide a Dios que ganemos... (*Cogiendo el bastón.*) Pues no se me olvidaba nada, como quien dice...

FAUSTINA.—Anda con Dios.

ROMUALDO.—Y que no deje el chico de ir al molino. (*Sale.*)

FAUSTINA.—Descuida. ¡Luciano!

CRISTETA.—Deje usted, le llamaré yo. ¡Luciano! (*Llamándole por la ventana.*)

MAGÍN.—Yo voy a llevar el equipaje al parador. (*Entra en la casa.*)

CRISTETA.—¡Luciano!... (*A Faustina.*)

Dígame usted que no sea pesado.

LUCIANO.—Aquí estoy. ¡Que no han de dejarle a uno descabezar un sueño!

FAUSTINA.—Tu padre, que vayas corriendo en cá Lucas, y que le lleves a votar sea como sea.

LUCIANO.—¿Al molino?... ¡En eso estaba yo pensando con este calor!

CRISTETA.—Si ahora se nubla un poco.

LUCIANO.—Que no voy ¡ea! El que quiera votos que los busque.

FAUSTINA.—Pero...

LUCIANO.—Que no muela usted, madre.

FAUSTINA.—Bueno, allá tú... yo he cumplido ya. (*Sale.*)

ESCENA VII

CRISTETA y LUCIANO

CRISTETA.—¿Por qué no haces lo que te manda tu padre?

LUCIANO.—Porque no. ¿Tú sabes dónde está el molino? Media legua lo menos. No iría por salir yo diputado, cuanto más por el otro... ¡Buena gana!

CRISTETA.—No seas holgazán; mira que don Román es muy bueno, y si le sirves...

LUCIANO.—Pa servir a nadie estoy yo.

CRISTETA.—Desagradecido... Después que piensa darte un destino.

LUCIANO.—Sí; de boquirris.

CRISTETA.—No, señor...

LUCIANO.—Además, que yo no quiero destino, ni estudio, ni nada; que yo no puedo más, Cristeta; que si no hablo, reviento; mi padre se empeña en hacerme estudiar, y yo no he nacido para eso.

CRISTETA.—Pues díselo.

LUCIANO.—Entonces querrá que trabaje aquí con él.

CRISTETA.—Pues, trabaja.

LUCIANO.—Es que tampoco sirvo para eso.

CRISTETA (*Remedándolo*).—¿Pues pa qué sirves?

LUCIANO.—Pa ná... ¿Tú crees que yo me he examinado este año? Mentira todo. Cualquiera se aprende esos librotos en un año... ni en toda la vida.

CRISTETA.—¿Qué me dices?

LUCIANO.—Lo que oyes... Ya sabes que me tenfan recomendado en Madrid a D. Cipriano; yo le rogué que no dijera nada a mi padre, prometiéndole ir a examinarme en Septiembre.

CRISTETA.—¿Sí, eh? Pues si no vas al molino, se lo cuento todo.

LUCIANO.—No te creerá.

CRISTETA.—¡Vaya! Yo haré que se entere; conque así... largo, o canto de plano.

LUCIANO.—Déjame, Cristeta; si no puedo conmigo,

CRISTETA.—Vamos, mira que no te quiero.

LUCIANO.—Eso quisiera mi padre, que yo fuera tu novio.

CRISTETA.—Muchas gracias.

LUCIANO.—Pero si tú no me quieres pa novio.

CRISTETA.—¿Qué he de querer, hombre!

LUCIANO.—Ni yo a tí tampoco, (*Dándola una palmada en el brazo*). Como guapa, eres guapa; pero tienes poco físico; eso sí, tienes una cara de querubín, que da gana de darte un beso más bien dado...

CRISTETA.—¡Animal! Vamos al molino; no seas así; cuando tú me pidas un favor...

LUCIANO.—¿Sí? Pues dame un beso.

CRISTETA.—En eso estaba pensando.

LUCIANO.—Pues no voy al molino, ea.

CRISTETA.—¿Irás si me dejas?

LUCIANO.—Sí; corriendo.

CRISTETA.—¿De veras? Júralo.

LUCIANO.—Por esta...

CRISTETA.—¿Y llevarás a votar al tío Luciano aunque no quiera?

LUCIANO.—Aunque sea a cuestras... Pues no te importa poco su voto... Vamos...

CRISTETA.—Aquí. (*Señalando la mejilla*). Ay, no, no...

LUCIANO.—Pues no voy.

CRISTETA.—Pesado... (*Pone la cara y la da dos besos; al mismo tiempo entran Román y Romualdo*). No vale; han sido dos.

LUCIANO.—Uno para la ida, y otro para la vuelta.

ESCENA VIII

DICHOS, ROMÁN y ROMUALDO

ROMUALDO.—Muy bien...

ROMÁN.—¡Ja, ja!... Con permiso.

CRISTETA.—¿Qué vergüenza!

ROMUALDO.—Pero, ¿todavía estás aquí?

LUCIANO.—Voy corriendo. (*Sale corriendo*.)

ROMÁN (*A Cristeta*).—De eso tendrás que confesarte.

ROMUALDO.—Ca, no es pecado; son novios desde niños.

CRISTETA.—No es verdad.

ROMÁN.—Vaya ¿y eso qué tiene de extraño?

ROMUALDO.—Y poquito que la queremos todos... (*Acariciándola*). Conque, don Román, ¿qué hacemos?

CRISTETA (*Aparte*).—Y no sabe que ha sido por él!... (*Se sienta muy triste*.)

ROMUALDO.—¿No ha visto ustel al Gatejo?

ROMÁN.—No; en casa del Curro no había nadie; todo el pueblo anda alborotado, y por eso me he vuelto. Me parece que todo se ha perdido.

ROMUALDO.—La esperanza nunca se pierde.

ROMÁN (*Sentándose abatido*).—No puedo más.

ROMUALDO.—Espéreme usted aquí, que yo vendré a traerle las últimas noticias. Ya falta poco... Animo. (*Sale*.)

ESCENA IX

CRISTETA y ROMÁN

ROMÁN.—Si preguntan por mí, arriba estoy. Voy a disponer algunas cosillas para la marcha.

CRISTETA.—Dejaré el recado a Faustina, porque yo no estaré aquí. Todas las tardes voy con Magín a la iglesia del pueblo, a las flores de Mayo...

ROMÁN.—Entonces, por si no estás aquí cuando me vaya, hasta la vista, y Dios te haga bien casada... (*Entra en la casa*.)

ESCENA X

CRISTETA

Hasta la vista... Y se despide así... tan tranquilo... ¿Qué tonta soy!... ¿Pues cómo quería que se despidiera?... ¿Porque yo es-

toy triste... ha de estar él también?... El no tiene motivos para estar triste... ¿Quién?... ¡Ah! mujeres del pueblo que vienen por agua del algebe.

1117 ESCENA XI

ESCENA XI

CRISTETA, PETRONA y MARTINA

PETRONA.—Muy buenas tardes.

MARTINA.—¿Qué tal, Cristeta?

CRISTETA.—Hola, muy bien... ¿Vienen ustedes por agua?

PETRONA.—Sí; la señora nos ha dicho que podemos venir cuando queramos.

CRISTETA.—Sí; ya sé...

MARTINA.—¡Vaya un día de calor!

PETRONA.—Parece que se nubla... Tendremos tormenta.

CRISTETA.—Y ¿qué hay por el pueblo?

PETRONA.—¿Qué ha de haber? ¿Que anda todo revuelto!

MARTINA.—Todos los hombres borrachos.

PETRONA.—Esta noche andará en todas las casas: San Benito, Palermo... No; pues lo que es yo a mi hombre le hice ir al campo, como todos los días, y hasta la vuelta no le dejó ir a votar, y conmigo, que si no, una copa aquí y otra allí...

MARTINA.—Pues yo al mío no le dejo tan siquiera salir de casa. ¿Pa qué? Después de estar votando un año y otro a D. Higinio, pa una vez que se nos ocurre ir a Madrid a las fiestas reales, ni tan siquiera quiso recibirnos, y pasaba por sus balcones toda la corte... ¿Le parece a usted bien?

CRISTETA.—¿De modo que no vota?

MARTINA.—No, señora. El que quiera votos que los compre.

PETRONA.—Pues eso hacen. A mi marido le vale siempre veinticuatro reales el suyo... Como es tan amigo del Garduña...

CRISTETA.—¿Cómo! ¿Vota por D. Higinio?

PETRONA.—¡Por fuerza!

CRISTETA. (Aparte.)—Dos votos... (Alto.) Por D. Higinio, por un orgulloso sin palabra, que no puede ver a los pobres?

MARTINA.—Eso digo yo.

CRISTETA.—Teniendo a D. Román.

PETRONA.—¿Al sobrino de doña Salomé? ¡Si nadie le conoce!... Luego mi hombre preguntó a la señora si debía votarle, y le contestó que no la importaba. Conque cuando a su tía no le importa...

CRISTETA.—Porque él no ha querido deber votos a favores de nadie, porque quiere que se cumpla la ley antes que todo... Porque como vosotras no sabéis lo que significa el sufragio... Todo ciudadano se debe a la patria... (Aparte.) (No sé lo que me digo.) (Alto.) Y la patria... (Aparte.) (Si yo me acordara de lo que dijo Román...) (Alto.) La patria son nuestros padres, nuestros hi-

jos... todo lo que queremos... y el que vota por veinticuatro reales no quiere a su patria, ni a sus hijos, ni a su mujer.

PETRONA.—¿Cómo!

CRISTETA. (Aparte.)—(Esto lo entienden mejor.) (Alto.) Ni a su mujer, porque el hombre que vende su voto, es decir, que hace traición a su patria, a su pueblo... ¿te enteras?, por veinticuatro reales, venderá a su mujer por tres pesetas: no te quepa duda. Además, votar por D. Higinio, que no ha hecho ningún bien al pueblo, casado con una mujer tan orgullosa... ¿Os acordáis cuando estubo en el pueblo qué humos, qué fantasías?...

MARTINA.—Ya, ya...

CRISTETA.—Pues bien; D. Román va a hacer otra iglesia, un puente de siete ojos, y una plaza para correr novillos... además, su mujer...

PETRONA.—¡Si es soltero!

CRISTETA.—Bueno... pero cuando se case, verás qué mujer tan sencilla, tan cariñosa... qué amiga de los pobres... En fin, que si tu marido vota a don Higinio no tiene perdón de Dios. Pues ¿y el tuyo?... Negar su voto, renunciar a sus derechos de ciudadano... ¿no sabe qué comete un pecado?

MARTINA.—¿Qué! No hay ningún mandamiento que diga eso.

CRISTETA.—Pero está muy mal hecho eso de no votar, así no tendrás quien te defienda. ¿No tienes un hijo sirviendo al rey? Pues si tu marido vota a don Román tendrás quién hable por tu hijo en el Congreso. Figúrate que hace cualquier trastada, don Román pedirá que le perdonen, irá a Palacio, como hacen siempre los diputados...; vamos, que tu marido debe ir corriendo a votarle.

MARTINA.—¿Y qué vamos ganando?

CRISTETA.—¿Me prometes que irá a votar por don Román? ¿Ves estos pendientes...?

MARTINA.—¿Qué majos!

CRISTETA.—Para ti; pero corre, toma uno; cuando haya votado te dará el otro; que no me flo.

MARTINA.—Tantas gracias: voy, voy.

CRISTETA.—Y mira que he de saber si me engañáis.

MARTINA.—Descuida: voy a llenar el cantaró, y en un vuelo...

CRISTETA.—Espera...; toma el papelito... no lo pierdas, corre... (A Petrona.) Y si tu marido vota a don Román, te doy tres duros y medio: como lo oyes, y tela para unos delantales.

PETRONA.—Pero, ¿no ves que si el Garduña lo sabe... Pues buenas las gasta... pue-de que...

CRISTETA.—No tengas miedo. En cuanto don Román salga diputado, ya tienes al Garduña más manso y más amigo suyo, que antes de don Higinio; de veras que sí. Conque... voy por eso. (Entrando en la casa. Martina vuelve con el cantaró.)

MARTINA.—Pero, ¿has visto, mujer?

PETRONA.—Esa chica está loca, ¿qué le importará a ella...?

MARTINA.—No ves que es primo.

PETRONA.—Primo...

MARTINA.—Pues claro, y al fin la tira el parentesco.

PETRONA.—Claro, siempre tira; sobre todo, cuando tiene dispensa.

MARTINA.—Esa es la madre del cordero...; que me parece a mí que la prima y el primo...

CRISTETA.—Toma, uno y dos: lo demás luego. Corre, que no queda apenas tiempo.

PETRONA.—¿Y el cántaro?

CRISTETA.—Déjale aquí, luego le llevas; vamos.

PETRONA.—Hasta luego.

CRISTETA.—¡Dos votos! ¡Dos votos...!

¡Ay, cómo me duele la cabeza...! Van corriendo... ¿llegarán a tiempo...? sí, ya lo creo...

¡Dos votos más...! Ya he servido para algo... ¡Ay, qué vergüenza si lo supiera!

¿Qué dirá Magín, cuando se entere de que le he saqueado su hucha? ¿Y la tía, cuando le diga que he perdido los pendientes?

ESCENA XII

CRISTETA y después MAGÍN que sale de casa.

MAGÍN.—¿Qué tienes?

CRISTETA.—Nada... dolor de cabeza...

MAGÍN.—Claro, estás aquí toda la tarde tomando el sol... Venía a buscarte para ir a las flores, pero si estás mala, mejor es que te acuestes.

CRISTETA.—No, no; vamos...

MAGÍN.—Ahora que me acuerdo: si don Román se marcha hoy, tienes que estar aquí para despedirle.

CRISTETA.—Se ha despedido ya...

MAGÍN.—Entonces, vamos...

CRISTETA.—Espera... no, no puedo ir, estoy mala.

MAGÍN.—¡Tienes mucho calor, Cristeta...! ¿Qué sientes?

CRISTETA.—Nada, no te asustes... no me moriré por tan poco.

MAGÍN.—¡Cristeta!

CRISTETA.—Déjame, déjame sola.

MAGÍN.—¿Te enfadas conmigo?

CRISTETA.—No, no me hagas caso... ven, háblame, cuéntame algo: estoy muy triste, Magín; estoy muy triste... quisiera morir...

MAGÍN.—No digas eso.

CRISTETA.—Ya ves, a mis años, todas pedirán cosas alegres: ser muy felices, ser muy ricos: pues yo sólo pido morir... y Dios no quiere.

MAGÍN.—¿Y por qué, tontina? ¿Qué penas te afligen?

CRISTETA.—¿Te parece poco encontrarme sola en el mundo? Nadie me quiere, nadie... ya ves la tía cómo me trata; ni siquiera me mira... y todos... ¿Por qué no me quieren? ¿Qué hago yo...? Ni me sirve ser buena. Ahí tienes a Román; no he hecho más que ser-

virle... Y por mí ha ido Luciano a buscar a Lucas, el del molino, para que viniera a votarle... ya ves, un voto más... ¿un voto? tres, porque... si él supiera... Pues ¿ves? con todo eso, ahora mismo, hace un rato, viene aquí, y me dice: Cristeta, si pregunta alguien por mí, arriba estoy. Dejaré el recado a Faustina, le digo, porque yo voy con Magín a las flores de Mayo... Entonces, si no estás aquí para cuando me vaya, hasta la vista... y se marchó sin darme la mano, sin mirarme... como si tal cosa... de seguro que al salir hace más caso del perro que guarda la cerca.

MAGÍN.—Y, ¿qué te importa?

CRISTETA.—¿Qué me importa...? Tienes razón...; pero de todos modos es muy duro... Yo que pensaba decirle tantas cosas, deseándole felicidades... como otras veces había estado tan cariñoso conmigo... antes mientras le serví... el agua.

MAGÍN.—Tú pensabas, lo menos, porque en sus discursos hablaba mucho de Dios y de la patria, y de cosas bonitas... que era un hombre distinto de todos... Y no es extraño. Para ti era tan diferente de los que has visto siempre: guapo, elegante, de talento... si le comparaste con Luciano y los demás del pueblo... ¿qué había de suceder?

CRISTETA.—¿Qué dices?

MAGÍN.—Que te has enamorado de él.

CRISTETA.—¡Oh... no!...

MAGÍN.—Entonces, ¿por qué estás triste?

¿Por qué sientes que se vaya?

CRISTETA.—No es verdad.

MAGÍN.—Antes, no eras ni más ni menos desgraciada que ahora, ni nadie te quiere más o menos, tampoco... ¿Por qué antes no te preocupaba tu suerte, y ahora hablas de morirte? ¿Por qué antes reías por todo, y ahora lloras por nada?

CRISTETA.—No es verdad... Siempre he tenido ratos de tristeza, tú lo sabes...

MAGÍN.—Bah... y bastaba cualquier ocurrencia mía para hacerte reír de nuevo. Es que contentarnos cuando estamos tristes, cualquiera puede hacerlo: ponernos tristes, cuando estamos alegres, eso sí que no lo puede hacer más que una persona. Afortunadamente se marcha esta tarde.

CRISTETA.—Y otra vez la casa volverá al silencio y la tristeza. Parecía otra estos días... hasta la tía se ha reído alguna vez.

MAGÍN (Preocupado).—¿Quién sabe!... Si él conociera que tú le querías...

CRISTETA.—Mira, no me hables más que no puedo tenerme de dolor de cabeza.

MAGÍN.—Escúchame, aunque no quieras. Esos hombres que conocen que gustan a las mujeres, se atreven a todo. Con cuatro palabras, no importa cuáles, te engañaría, como engaña con cuatro discursos a esa pobre gente que le vota, y... después... lo que te ha dicho antes, ¡hasta la vista!... lo mismo que dirá a sus electores, burlándose de ellos... No, no; que se vaya... porque si eso fuera...

CRISTETA.—¿Estás loco?... (Voces fuera: «¡Viva! ¡Viva!»)

ESCENA XIII

DICHOS, ROMUALDO, después ROMÁN, SALOMÉ, AMALIA, JOSÉ LUIS y LUCIANO

ROMUALDO. — ¡Don Román! ¡Don Román!...

CRISTETA. — ¿Qué ocurre?

LUCIANO. — ¡Diputado!

ROMÁN (*Saliendo de la casa*). — Vencimos.

ROMUALDO. — Mi enhorabuena... (*Fuera: "¡Viva!"*) pero ha estado en un tris de perderse todo por cuatro votos.

ROMÁN. — Gracias a usted.

CRISTETA (*Aparte*). — Cuatro votos... tres son míos...

ROMUALDO. — No sabe usted qué contento estoy. Vamos, ahí fuera están esperándole a usted.

ROMÁN. — Voy, voy...

SALOMÉ (*Saliendo de la casa*). — Sobrino... mi más cordial felicitación.

ROMÁN. — Gracias, querida tía. Voy a saludar a esa gente.

SALOMÉ. — Sí, mejor es que no entren aquí...

ROMUALDO. — Descuide usted, yo me los llevaré al cafetín de Curro y allí que coman y beban hasta la madrugada.

ROMÁN. — Sí, no escasee usted nada. (*Músicas de guitarras fuera*.)

AMALIA (*Al mirador*). — ¡Padre de la patria!...

ROMÁN. — ¡Amalia!...

AMALIA. — No me mire usted; estoy hecha una facha: me ha dado jaqueca y he tenido que soltarme el pelo... ¡vaya un día!

ROMÁN. — Está usted divina... me recuerda usted a la niña de Zarauz.

AMALIA. — No se burle usted... falta la luna.

MAGÍN. — Un relámpago...

SALOMÉ. — Es verdad, tendremos tormenta.

AMALIA. — Así estoy yo tan nerviosa. (*Sale de la casa con José Luis*.)

ROMÁN. — Vamos, no hay que perder tiempo. ¿Han llevado ya mi equipaje?

MAGÍN. — Sí señor.

ROMÁN. — Pues, querida tía... me despediré desde aquí.

SALOMÉ. — Sobrino, adiós, y recuerdos.

AMALIA. — Aquí está mi mano. Espero que tendrá el gusto de ver a usted en Madrid por mi casa.

ROMÁN. — ¿Quién lo duda? ¿Ustedes vienen conmigo?

ROMUALDO. — Sí, vamos.

ROMÁN. — Buen veterano, adiós... (*Le da la mano*.) Cristeta, un abrazo... y cuenta con lo que te he dicho antes. (*Sale con Romualdo y Luciano: los demás le acompañan hasta la puerta. Vivas y gritos que se van apagando poco a poco*.)

ESCENA XIV

DICHOS menos ROMÁN, LUCIANO y ROMUALDO

J. LUIS. — Cristeta, ¿no salimos hoy a co-gger moras?

CRISTETA. — No; me duele la cabeza.

SALOMÉ (*Volviendo al proscenio*). — ¡Gracias a Dios! (*A Cristeta*). ¿Qué tienes?

J. LUIS. — Dice que le duele la cabeza.

SALOMÉ. — ¿A ver...? Estás ardiendo, tienes calentura, acuéstate.

AMALIA. — Si es el tiempo; lo mismo estoy yo.

SALOMÉ. — Vamos, acuéstate, eso es el trajín de estos días.

CRISTETA. — No. Déjeme usted aquí; ahora corre aire. Déjeme usted, no tengo nada.

AMALIA (*A José Luis*). — Ven, que es la hora de tomar el jarabe.

J. LUIS. — No quiero.

AMALIA. — No me quites la vida... Esta noche no has dormido nada.

SALOMÉ. — Si duerme cuatro horas de siesta.

AMALIA. — Por más que digas, este chico no puede vivir así... y no quiere cuidarse. (*Entran en la casa*.)

ESCENA XV

CRISTETA, cuando todos han salido, se echa sobre el banco. La escena se ha ido oscureciendo poco a poco.

MAGÍN. — Cristeta, vamos, entra, acuéstate... ¿qué haces ahí?

CRISTETA. — Déjame; la piedra está fría... déjame.

MAGÍN (*La levanta*). — Cristeta... ¿qué tienes...? Vamos, no finjas...; si nadie te quiere como yo; llora conmigo. (*Cristeta rompe a llorar*.) Vamos... un relámpago... No llores más... vamos adentro. (*Entra un mozo*.)

Mozo. — ¿No está aquí don Román?

MAGÍN. — No, estará en el cafetín.

Mozo. — No esperan más que a él en la diligencia y es tarde.

MAGÍN (*Mira a Cristeta*). — Le esperan... pues ¿no saben que ya no se va esta noche? Que dejen el equipaje: ahora irán a recogerle.

CRISTETA. — ¡Cómo!

MAGÍN. — Que no le esperen: corre...

Mozo. — Y para eso salimos media hora retrasados. (*Sale*.)

MAGÍN. — Se marcha sin él... ¿qué chasco! ¡Ja, ja!

CRISTETA. — ¡Ja, ja!... ¿Qué bueno eres!

cuánto te quiero! (*Le besa.*) No puedo sostenerme.

MAGÍN.—Ven... (*Se oyen cascabeles.*) La diligencia...

CRISTETA.—¿Qué has hecho?... ¿Y si se incomoda?

MAGÍN.—Si tú no querías que se marchara.

CRISTETA.—No; es verdad; y si él pudiera ver lo que pasa aquí dentro, no se marcharía.

MAGÍN.—Pues eso quiero yo, que lo vea... porque te quiero mucho y él es bueno, sí, me ha dado la mano al despedirse, me ha llamado veterano; es un hombre de corazón, te hará feliz. Antes tenía miedo; ahora no, parece que Dios me ha inspirado... El...

ESCENA XVI

DICHOS Y ROMÁN

ROMÁN.—¿Se ha marchado la diligencia sin esperarme? ¿Cómo es eso?

MAGÍN.—¿Cómo! Yo creí que se había usted marchado ya.

ROMÁN.—Me he entretenido en el café y sin duda... pero quedaron en esperarme... Pues yo necesito salir esta misma noche. Que dispongan el cochecillo, un caballo... cualquier cosa.

MAGÍN.—Avisaré...

ROMÁN.—No, no se moleste usted; ¿no hay un mozo?

MAGÍN.—Todos se han ido a la taberna; no hay más hombre que yo en la casa.

ROMÁN.—¿Qué contratiempo!... Voy a avisar a Romualdo para que enganchen o me proporcione un caballo. (*Sale.*)

MAGÍN.—No nos ha valido...

CRISTETA.—No puedo más... voy a acostarme... (*Entra en la casa.*)

ESCENA XVII

MAGÍN, SALOMÉ Y FAUSTINA

MAGÍN.—¿Le quiere! ¡le quiere!... Pues no se irá y no se irá... (*Se va por la derecha. La escena queda sola. Relámpagos más frecuentes y truenos.*)

SALOMÉ (*Al mirador.*) — ¡Magín! ¡Magín!... ¿No está Magín?

FAUSTINA (*Asomándose a la ventana.*) — ¿Qué se la ofrece a la señora?

SALOMÉ.—Calle usted, que estoy más asustada... Cristeta tiene un calenturón horrible; no hay nadie para avisar al médico.

FAUSTINA.—¡Jesús!... Claro, con estos jaleos todos se han ido a casa del Curro: lue-

go vendrán perdidos... Si quiere usted, yo me llegaré al pueblo, y si me necesita usted para algo...

SALOMÉ.—No; muchas gracias, ya vuelve Magín; Magín! Avise usted al médico: Cristeta está muy mala. (*Entra y Faustina también.*)

MAGÍN.—¡Dios mío!

ESCENA XVIII

MAGÍN Y ROMÁN

ROMÁN.—Por fin van a engancharme el cochecillo (*Truena.*) Hola, la nube está cerca. Mozo (*Saliendo.*)—Señor, se ha roto una rueda del coche.

MAGÍN (*Aparte.*)—¡Ah!

ROMÁN.—Por vida... pues ensilla el caballo.

MAGÍN.—Pero, si no sabe usted el camino.

ROMÁN.—Es verdad. (*Al mozo.*) ¿Hay otro caballo para ti?

Mozo.—Una mula.

ROMÁN.—Corriendo, prepáralo todo. (*Sale el mozo.*)

MAGÍN.—¿Tanto le urge salir hoy de aquí?

ROMÁN.—¡Si me urge! Tengo que hablar con el Gobernador de Moraleda antes que llegue el acta a Madrid; mañana mismo.

MAGÍN.—¡Dios mío, esa tormenta (*Aparte.*) que descargue pronto, que se borren los caminos...! (*Alto.*) Yo voy a avisar al médico, Cristeta está muy mala.

ROMÁN.—¿Cómo!

MAGÍN.—Sí, muy mala. (*Truena. Aparte.*) ¡Ah... ya está ahí!...

ROMÁN.—Llueve...

MAGÍN (*Aparte.*) — ¡Gracias, Dios mío! (*Alto.*) No puede usted marcharse: sería una locura.

ROMÁN.—¡Suerte maldita!

ESCENA XIX

DICHOS Y AMALIA, muy agitada, con José Luis y un paraguas.

AMALIA.—Pero, ¿está usted aquí, hombre de Dios?

ROMÁN.—Calle usted, señora; lo que me sucede a mí no le sucede a nadie; ya le contaré a usted.

AMALIA.—No me hable usted, porque yo también estoy arreglada. Figúrese que Cristeta tiene todos los síntomas de tifus o de las viruelas... no sé, pero ello es algo malo; una calentura espantosa. Yo no estoy un momento en casa de mi cuñada, ya ve usted... con esta criatura... Voy corriendo a casa del

alcalde: allí pasaremos la noche de cualquier manera. Vamos.

ROMÁN.—Pero, señora, que está lloviendo a mares y el pueblo está lleno de borrachos.

AMALIA.—Acompáñeme usted.

ROMÁN.—Si yo me marchó ahora mismo.

AMALIA.—¿Está usted loco? Con este tiempo...

ROMÁN.—Esto pasará.

AMALIA.—Sí, oiga usted. (Un trueno.) ¡Santa Bárbara bendita!...

ROMÁN. (Al mozo, que entra.)—¿Qué hay?

Mozo.—Que con este temporal es imposible ponerse en camino.

AMALIA.—¿Lo ve usted? Vámonos, deme usted el brazo, sea usted galante. (Sale el mozo.)

MAGÍN.—¡Dios mío, mi nena muriéndose!

ROMÁN.—¡Buena la hemos hecho!

AMALIA. (A José Luis.)—¡Subete el cuello.

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores.

ESCENA PRIMERA

MAGÍN, saliendo de la casa. Después ROMÁN y el GATEJO

MAGÍN.—Buen día tenemos. Así podrá salir mi Cristeta a tomar el sol. ¡Qué alegría! Mentira me parece que la voy a ver otra vez sana y contenta. Calle... el diputadillo, y su compinche...

GATEJO.—No lo eche usted en saco roto, ¿eh?

ROMÁN.—Descuide usted, se hará lo que se pueda.

GATEJO.—¡Vaya! si ustedes lo pueden todo. Conque, no pierda usted la nota y hasta luego. ¿Se marcha usted hoy?

ROMÁN.—Sí.

GATEJO.—Pensamos hacerle una manifestación de cariño y de simpatía como despedida. Ya se dejará usted ver por aquí alguna vez, aunque no sea más que por la familia.

ROMÁN.—Sí... desde luego.

GATEJO.—Ea; voy a disponerlo todo. Creo que han nombrado una comisión que pasará a cumplimentarle.

ROMÁN.—Por Dios, que no se molesten... yo estoy satisfecho... (Aparte.) y harto, de las repetidas pruebas de afecto de...

GATEJO.—No hay más que hablar. Cuan-

vamos al agua... ¡Qué horror! Todo encharcado.

MAGÍN.—¡Por Dios, don Román, ya que van ustedes al pueblo, avisen ustedes al médico, que venga corriendo!... ¡Por Dios; ustedes van más de prisa que yo!

ROMÁN.—Descuide usted.

AMALIA.—¡Qué noche amigo mío, qué noche!... Me parece que no llegamos. (Salen.)

MAGÍN. (Siguiéndoles con la vista.)—Esa señora es una loca y don Román tiene la cabeza a pájaros y no van a acordarse del médico... Iré yo mismo a buscarle... ¡Qué noche! Me echaré mi capotón y vamos andando; y si mi nena se muere, ¡Dios mío! más valía entonces que me cayera un rayo ahora mismo. Voy a verla, voy a verla antes. Ese tiene la culpa... A bien que aquí te tengo y mi nena no muere por ti... (Entra en la casa.) no, mientras yo viva.

do se da con una persona como usted, todo parece poco. (Sale.)

ROMÁN.—Buena me ha caído... La tal noticia... Pues no piden nada... ¿Por qué no me marcharía yo antes? ¡maldita nube!... Más de un quebradero de cabeza me hubiera evitado... Hola, hola, valiente veterano. ¿Ha visto usted hoy a Cristeta?

MAGÍN.—Ya lo creo. Está levantada. Ahora saldrá a tomar un poco el sol.

ROMÁN.—Buen susto nos ha dado.

MAGÍN.—Calle usted, calle usted, que la primera noche creí que se nos moría; ¡qué calentura!

ROMÁN.—El médico temió que fuese una tifoidea, y doña Amalia también. La buena señora... ¡Qué noche!... A bien, que ya he sabido a quien tengo que agradecerse... Hágase usted el desentendido. ¿Quién dijo al mozo de la diligencia que no me esperaran? ¿Quién partió la rueda del coche, eh?

MAGÍN.—Señor don Román...

ROMÁN.—No se lo perdonaré nunca... ¿Qué necesidad tenía yo de saber ciertas cosas? Me hubiera marchado tranquilo, sin remordimientos, gozoso con mi triunfo... con mi acta... un poco sucia, es verdad...

MAGÍN.—Aunque no sea más que de vino.

ROMÁN.—Pero no, me detiene usted aquella noche...

MAGÍN.—No fui yo; yo no manejo los rayos y las nubes.

ROMÁN.—Corriente. Me quedo aquella ne-

che... veinticinco de Mayo, no se me olvidará... Doña Amalia, me hace correr medio pueblo, cogida a mi brazo: por fin, la instaló en casa del alcalde... Vuelvo enlozado hasta la rodilla! Cristeta se está muriendo; usted llorando como una criatura. Me quedo a velarla con usted aquella noche, y en su delirio me revela...

MAGÍN.—¡Eh!... ¿habló?...

ROMÁN.—Sí.

MAGÍN.—Entonces, ya sabe usted por qué no le dejé marchar aquella noche. Si usted se va, Cristeta se muere, sí, no lo dude usted. Si se ha puesto buena tan pronto, ha sido porque le ha visto a usted a su lado horas y horas, cariñoso. No hay medicina como la alegría, y no hay alegría como sentirse querido de los que queremos... Perdónele usted; pero la quiero tanto... si fuera hija o nieta mía, no la querría más. El señorito Esteban, el padre de Cristeta, me quería con delirio: todas sus diabluras me las contaba; más valiente era y más calavera... pero ¡qué corazón!... Nunca quiso separarse de mí, aunque yo sé que su esposa, doña Salomé, no me miraba con buenos ojos... ahora me tolera, por respeto a la memoria del muerto. Yo fui quien trajo a Cristeta...; como que sabía muy bien donde estaba; su padre me lo había referido mil veces... Y si no hubiera sido por ella, ¡Dios mío!... Tan viejo, tan solo y tan inútil... he servido para quererla, cuando nadie la quería. A no ser por mí, no sabría lo que es cariño esa criatura. Yo la he enseñado a rezar, a leer, a echar cuentas, y mil historias y romances, que han sido mi pasión de toda la vida.

ROMÁN.—Así le ha llenado usted la cabeza de disparates.

MAGÍN.—¡Disparates... la historia de Isabel la Católica y la conquista de Granada! ¡disparates, la guerra de la independencia y las hazañas del Cid y de los doce Pares de Francia!...

ROMÁN.—No, si usted no tiene la culpa, la culpa es de mi tía, que se obstina en vivir aquí, aislada, y no se ha cuidado nunca de la educación de esa niña. Una chica lista y vivarachita, se encuentra aquí fuera de su centro.

MAGÍN.—Es verdad.

ROMÁN.—A falta de realidades, la imaginación trabaja en fabricarse una vida de sueños, donde todo es mejor y más hermoso. Un alma vulgar pronto se conforma y lo encuentra; pero Cristeta, no es un alma vulgar; ha buscado... y ¿qué había de encontrar en espacio tan reducido?

MAGÍN.—Ya ve usted... Luciano, de quien nunca hizo maldito caso, aquí entre nosotros, y otros patanes como él.

ROMÁN.—Y, ¿qué hago yo ahora? ¿Cómo desengañarla? ¿cómo destruir sus ilusiones sin causarle daño?

MAGÍN.—¿Desengañarla?

ROMÁN.—¡Ah! Usted desearía mejor otra cosa... amigo mío, no puede ser. ¿Tengo yo la culpa de que Cristeta me quiera?... ¿puedo hacer más que sentir compasión?... No

se queje usted, porque todavía podía haberle sucedido algo peor.

MAGÍN.—¡Cómo!

ROMÁN.—Encontrándose con un hombre sin escrúpulos de conciencia.

MAGÍN.—Cristeta es honrada.

ROMÁN.—Bah, ¿cree usted que si yo hubiera sido un infame...; después de oír de Cristeta lo que he oído...

MAGÍN.—¿Tiene usted razón! Está muy enamorada...

ROMÁN.—Pues es preciso que se desenamore.

MAGÍN.—¿De modo?...

ROMÁN.—Bastante he hecho con esperar estos días, con grave perjuicio en mis asuntos. Ya está buena, que es lo que me interesaba: yo la hablaré esta tarde... y veremos... de todos modos, hoy me marchó, y tiempo y ausencia, son dos remedios muy poderosos.

MAGÍN.—¡Ah!... ¿por qué no le dejé marchar?

ROMÁN.—Eso le decía yo antes. Yo no hubiera sabido nada...

MAGÍN.—¡Ah, usted no hubiera sabido nada!... ¿Qué egoísta es usted!

ROMÁN.—¡Bah! un amorcillo de niña, que pasará en cuanto yo me aleje. Yo aconsejaré a la tía que la lleve a Madrid, o la deje en un colegio.

MAGÍN.—Eso no. Todo lo que usted quiera; pero quitármela, no.

ROMÁN.—En fin, si usted la quiere tanto, usted la consolará.

MAGÍN.—¡Ay!... el cariño de un viejo, no basta a llenar un corazón de diez y ocho años...

ESCENA II

DICHOS y AMALIA

AMALIA.—¿Sabe usted que he decidido marcharme esta tarde también?

ROMÁN (*Aparte*).— ¡Adios!... (*Alto*). Tanto gusto.

AMALIA.—Sí; estoy harta de pueblo; ¿qué gente ésta! No sabe usted lo que murmuran de nosotros desde la noche de la tormenta, porque estuvimos cerca de una hora debajo de aquel cobertizo: me ha comprometido usted.

ROMÁN.—Señora, si estaba José Luis con nosotros, que ya no es ningún niño... y aunque hubiéramos estado solos, ¿cree usted que yo me hubiera atrevido?...

AMALIA (*Aparte*).—Grosero... (*Alto*). Ya; pero hay cada lengua... Nada; que no estoy aquí un día más. José Luis ha perdido el estómago, y por poco no se me pone malo como Cristeta. Claro, está todo el día atracándose de moras y albaricoques... y usted tiene la culpa.

MAGÍN.—Espere usted... (*Pasando al otro lado, como en el primer acto.*)

AMALIA.—Y yo también me encuentro mal. Si viera usted qué cosas siento aquí... en el... no: el corazón está más abajo: ¿qué tenemos aquí?

ROMÁN.—(*Aparte.*)—Algunas veces al-godón.

AMALIA.—Estoy muy delicada: he sufrido tanto... Yo creo que me voy a morir muy pronto.

ROMÁN.—Aprensión... Tiene usted cara de vivir mucho.

MAGÍN (*Aparte.*)—Ya lo creo... cien años, como las cotorras.

AMALIA.—¿Conque se marcha usted hoy?

ROMÁN.—Sí, señora; nos vamos juntos.

AMALIA.—Ya tendrá usted gana de volver a Madrid: aquí no le dejan en paz un momento. Me mandará usted papeletas para el Congreso siempre que hable usted.

ROMÁN.—Por supuesto.

AMALIA.—¿Piensa usted hablar mucho?

ROMÁN.—Todo lo que pueda.

AMALIA.—Eso es: todos los días una pre-guntita: así se hace carrera. No, usted tiene buenos padrinos... A ver si le vemos mi-nistro...

ROMÁN.—¡Oh!...

AMALIA.—¡Sabe usted lo que le conviene? Créame usted, casarse con la hija de un po-lítico eminente. (*Román se rie...*) Hágase usted yerno. ¿Por qué se rie usted?

ROMÁN.—Porque adivina usted los pensa-mientos.

AMALIA.—¿Cómo?... ¡Ah, tunante!...

ROMÁN.—Sepa usted que mi acta, es acaso el regalo de boda del ministro.

AMALIA.—¿Y es su hija?

ROMÁN.—Sí.

AMALIA.—Mi enhorabuena.

ROMÁN.—No; todavía no es cosa decidida.

AMALIA.—Bah... No es muy bonita, pero es simpática. Bien, amigo mío, hace usted bien; ampárese usted siempre de las faldas, es carrera segura: creo que no necesito ci-tarle ejemplos.

ESCENA III

DICHOS y CRISTETA

AMALIA.—¡Oh, Cristeta! ¿cómo te encuen-tras?

CRISTETA.—Muy bien.

MAGÍN.—¿Se te anda la cabeza?

ROMÁN.—Síntate, síntate aquí, que no da tanto el sol.

AMALIA.—Ay, chiquilla, tienes muy mala cara; esto no te prueba: como a mí: esto no puede probar a nadie. Créeme, hija, a tí lo que te conviene, es que te lleven a Ma-dríd. Salomé te tiene consumida; ya se ve; genio más raro... (*A Román.*) ¿Usted sabe dónde se mete todo el día? Nadie la ve,

parece que huye de la gente... Sí, chiquilla, créeme; tú debías irte a un convento, edu-carle allí perfectamente, y después profesar, sí, hija mía; de otro modo, vas a ser muy desgraciada. Este mundo es muy traidor. Si te quedas soltera, qué situación, y qué abu-rrimiento sobre todo. Si te casas, los hom-bres son incapaces: el mejor, te da cuatro disgustos al día. Luego, los hijos... ¡ay... los hijos!... Yo tengo uno solo y estoy sa-crificada. Si te quedas viuda, menos mal en-tonces: es como una se encuentra mejor; pero de todos modos, créeme; al convento pronto, pronto...

ROMÁN.—Como decía Hamlet.

AMALIA.—Se lo oí decir muchas veces.

MAGÍN (*Aparte.*)—Nada; no les deja.

ROMÁN.—Con su permiso, voy a despedir-me de mis electores.

AMALIA.—Usted lo tiene. Yo también voy a arreglar unas cosillas.

MAGÍN (*Aparte.*)—Claro, en cuanto él se marcha...

AMALIA.—Hasta luego. (*Sale.*)

ROMÁN (*A Magín.*)—Vuelvo en seguida: ha sido por echarla. Que me espere Cris-teta... (*Sale.*)

ESCENA IV

MAGÍN y CRISTETA

MAGÍN.—¿Te encuentras bien, bien?

CRISTETA.—Perfectamente.

MAGÍN.—Buen susto nos has dado. Cref-mos que iba a ser el tifus o las viruelas.

CRISTETA.—¿Viruelas?

MAGÍN.—¡Já, já!... ¿te asustas?

CRISTETA.—Díme, Magín, ¿tengo mala cara?

MAGÍN.—Ven acá; mírate en mis ojos... ¿te ves?

CRISTETA.—Sí, están llenos de lágrimas... (*Abrazándole.*)

MAGÍN.—No hagas caso: son de alegría. Te dejo sola un momento. Volveré pronto.

CRISTETA.—¡Ay, no!...

MAGÍN.—Tengo que hacer.

CRISTETA.—Cuando pensaba pedirte que me dijeras aquel romance... Yo no me acuer-do... Aquel que me gusta a mí tanto...

“¡Por que llora la princesa
si tesoros a granel
y caricias y venturas
le ofrece su padre el rey?
¿Por qué llora a la ventana?...”

No sé más.

MAGÍN.—“Porque a la guerra un doncel
se lleva su corazón;
y perdido amor y fe,
así exclama dolorida:
puesto el pensamiento en él:
Ojos que le vieron ir,
¡si no le vierais volver!”

CRISTETA.—¡Ah, ya me acuerdo!... y luego la princesa se asoma todas las tardes a la ventana y mira al camino, esperando que vuelva;

“pero el traidor,
rendido a más dulces lazos,
a Dios y a su patria infiel,
muere de amor por Zulima
y reniega de su fe.”

MAGÍN.—Y ya sabes cómo concluye:

“la princesa, llora y llora,
puesto el pensamiento en él.”

CRISTETA.—“Y ojos que le vieron ir,
nunca le vieron volver.”

MAGÍN.—Eso es. Conque... tengo que hacer.

CRISTETA.—No me dejes sola.

MAGÍN.—Si no te dejas sola... ¡Já, já!
Vuelvo pronto. *(Sale.)*

ESCENA V

CRISTETA y después ROMÁN

CRISTETA.—“Ojos que le vieron ir
nunca le verán volver...”

Es particular: antes leía y oía yo muchas cosas sin fijarme, y ahora se me saltan las lágrimas cuando dicen algo triste.

ROMÁN *(Entra despacio, acercándose.)*—
¿Por qué me quieres tanto, Cristeta?

CRISTETA.—¡Ay!... ¡Me ha asustado usted!

ROMÁN.—Perdona... *(Pausa.)* ¿Qué he hecho yo para merecer tu cariño?

CRISTETA.—¿Qué dice usted?

ROMÁN.—No te asustes; sé que me quieres; sé todo lo que has hecho por mí, todo.

CRISTETA.—¡Oh!... ¡No es verdad!
¿Quién se lo ha dicho a usted?

ROMÁN.—Tú misma.

CRISTETA.—¿Yo?... No. Ha sido Magín.

ROMÁN.—¿Luego es verdad?

CRISTETA.—¿Qué?

ROMÁN.—Que me quieres.

CRISTETA.—¡Oh!... *(Confusa.)*

ROMÁN.—Cuando crees que Magín ha podido decirte, es que él lo sabe también...

Es verdad. No era tu cabeza en desvarío la que hablaba, era tu corazón.

CRISTETA.—¿Qué dice usted?

ROMÁN.—No ha sido Magín quien me ha revelado tu secreto; has sido tú, tú misma...; no te atormentes pensando cómo ha podido ser; voy a decirte. La noche que estuviste tan mala, yo volví tarde, rendido,

desesperado por tanto contratiempo como había impedido mi marcha. Entré un momento en tu cuarto; te velaban Magín y Fermína.

Magín lloraba como un chiquillo. Fermína

luchaba con el sueño. Me acerqué a tí; puse mi mano en tu frente: la fiebre te abrasaba; estabas delirando. Hablabas, hablabas; al pronto no pude comprender lo que decías. Pronunciaste mi nombre; creí que me habías conocido, y te pregunté cómo estabas...; pero, no; era que me nombrabas en tu delirio; y hablaste... hablaste de mí toda la noche, y entonces supe lo que habías hecho por mí aquel día, Cristeta, y por qué no había podido marcharme, y que tú pensabas en mí y me querías mucho.

CRISTETA.—¡Qué vergüenza!

ROMÁN.—Y era verdad.

CRISTETA.—No, no; ¿usted cree?... Tenía fiebre... Usted lo ha dicho... deliraba... ¿Cómo pudo usted creer esos disparates? Porque eran disparates; vaya si lo eran, no lo dude usted; delirando ¿quién sabe lo que dice?... Ni yo misma me acuerdo.

ROMÁN.—¡Oh! ¡No te avergüences de confesarlo!... ¿Delirios?... No se delira, como no se sueña con lo que no se ha pensado nunca... El cuerpo rendido por la fiebre, era sola tu alma la que hablaba en aquel instante.

CRISTETA.—¡Oh! No; déjeme usted.

ROMÁN.—¡Pobre Cristeta! ¿Qué hice yo para merecer tu cariño? Me has visto como tú soñabas. Pierde tus ilusiones; yo no soy el tribuno, el héroe; no soy el corazón noble y recto que te imaginas. ¿Mis discursos? Mentira todo... ¿Alguna limosna? ¡Bah! Votos comprados... ¿Talento? Ya ves qué poco vale talento que ha de arrastrar su dignidad a los pies del Gatejo y de esa gente... Nada valgo, Cristeta, nada valgo...

CRISTETA.—No quiera usted hacerse peor. Podrá usted no sentir eso que dice; podrá usted haber comprado sus votos y no tener talento, si usted quiere; pero corazón... Un día se encontró usted a un pobre chico llorando: tendría tres años todo lo más. Se acercó usted a él, le preguntó usted por qué lloraba. Su madre le había mandado a comprar no sé qué cosa, y había perdido el dinero. Usted se echó mano al bolsillo; no llevaba usted nada. Esperame, dijo usted al chico, y vino usted a casa, que no estaba muy cerca de aquel sitio, y volvió usted a encontrar al chico, y al despedirle le dió usted un beso, y nadie le vefa... ni aquel renacuajo tenía voto. Créame usted, interesarse por un chico que llora, darse una caminata, y corriendo casi, como usted se la dió, por enjugar unas lágrimas...; después un beso, cuando nadie le vefa, cuando el chico tendrá buen cuidado en callarlo para evitar un regaño de su madre... diga usted lo que quiera, no se hacen esas cosas sin un poco de buen corazón. No pretenda usted hacerse peor a mis ojos, que aquel día le vieron muy de lejos. Comprendo que no le importe a usted mi cariño... así lo creo... Pero creo también que usted lo merece... quiero creerlo...

ROMÁN.—Dices bien... Cualquiera diría que estaba muy sobrado de cariño cuando tan pródigo me muestro con el tuyo, que de-

hiera guardar avaro... Nunca, nunca, lo sé, encontraré el amor en mi camino bajo forma tan pura... No me hagas caso; habla, habla como tú sabes... Necio de mí, que pretendo arrancar tu cariño con reflexiones, que no llegan a tu alma. (Pausa.) Cuando me acuerda de aquella noche... Con qué insistencia procurabas sincerarte del beso de Luciano; tanto te importaba que yo supiera que no le querías. ¡Fué por ti!, me decías; ¡fué por un voto para ti!... ¿Por qué entonces me llamaba de tú, y cuando estoy delante no puedo conseguir que dejes el usted?

CRISTETA.—¡Qué sé yo!

ROMÁN.—Es que entonces me hablabas como tú quisieras hablarme... Sí, cuando se quiere las frases más expresivas de cariño son las que se piensan a solas, las que nunca oye la persona querida, porque el alma tiene también su pudor. Yo sorprendí la tuya en un momento de abandono, y para mí no tiene secretos. ¡Dichoso yo, si fuera tan egoísta que no me importara hacerte desgraciada!

CRISTETA.—¿Ve usted cómo si tiene buen corazón? Si no lo tuviera usted, no estaría usted aquí ahora. Me oyó usted: se hubiera usted marchado ya, sin importarle que me pusiera buena o me muriera, ni que fuera feliz o desgraciada, y se concluyó todo.

ROMÁN.—Ya ves, debía haberme marchado ya, y no he querido sin verte buena otra vez, sin haberte... Pero no... Había pensado decirte tantas cosas, muy razonables, y ya no sé qué decir ni qué hacer... Has trastornado mis ideas.

CRISTETA.—No; hable usted, hable usted... ROMÁN.—Oyeme. Si el mundo fuera este pedazo de tierra; si no toda en él fuera juventud, amor y poesía; pero hacerte crecer en mi cariño, aceptar el tuyo y hacerte desgraciada, todo sería uno... Sí, Cristeta. Yo vuelvo a Madrid, a empezar una vida de luchas y de ambiciones, a abrirme paso, cueste lo que cueste. No soy rico, y debo ganar mi vida yo solo. Somos cuatro hermanos; mi padre nos dió una carrera a cada uno, y nos ha dicho: "A luchar..." El no ha podido hacer más por nosotros. Yo he sido siempre el más inquieto. El trabajo rutinario de todos los días sin accidentes ni emociones, no me place. Quiero la lucha; ser mucho o no ser nada. La política es mi vocación. He dado con éxito feliz el primer paso. Adelante... No debes tú seguirme; sufrirás mucho a mi lado. Yo no podría quererte como tú me quieres; cada hora tendría que olvidarme ti. Volvería a tu lado rendido, quizás a desahogar en ti mis contrariedades. Acabaría por consumirme en aquella fiebre, que no deja tiempo para ser joven, en que el amor es un obstáculo. Ya ves, yo tengo veintiseis años, y mira cuánta capa... ¡Ah! ¡Si fuera rico! ¡Qué felicidad plantar de una vez mi tienda en el primer oasis que he encontrado, y no aventurarme más en el desierto de una existencia borrascosa, de alzas y bajas, de asperezas y desalientos!... Vivir para el amor; ser joven una vez en mi vida; educar para mí tu alma pura; vivir para ti solo.

No puede ser, no puede ser. Sé muy feliz, Cristeta... ¿Te acordarás siempre de mí? Responde...

CRISTETA.—¡Siempre!

ROMÁN.—¿Me escribirás alguna vez? (Voces dentro de la casa.) La comisión de electores... Cristeta... Adiós...

MAGÍN.—Don Román; ahí están esperándole...

ROMÁN.—Voy, voy... (Entra en la casa.)

ESCENA VI

CRISTETA.

CRISTETA.—¡Qué vergüenza!... (Pausa.) Yo quisiera recordar todo lo que me ha dicho... ¡Que no puede querirme!... Qué no me quiere... Eso ya lo sabía yo. Que va a luchar, que quiere ser mucho y yo sería un obstáculo, un estorbo... Pues como siempre ¡Oh! eso no. ¿No he luchado aquí por él? ¿No he decidido su triunfo?... Pues eso haría siempre; ayudarle, luchar con él... ¿No había de hacerlo yo, que cuando sueño, sueño que soy Isabel la Católica o Juana de Arco? ¡Ay, yo debía haberle dicho todo esto... pero si no me atrevía a mirarle!... Sentía aquí un nudo... Si no sé lo que me pasaba... Entonces, muda, y ahora se me ocurren tantas cosas... ¡Dios mío! ¡queriéndole tanto dejarme convencer de que no debo quererle!... Que sería muy desgraciada... ¡Desgraciada con él! Eso me dijo... y yo, callada como si estuviera convencida de que tenía razón... No, no. ¡Dios mío! Y se va a marchar esta tarde, y ahora para siempre... Yo necesitaba decirle muchas cosas que se me ocurren ahora; entonces, no se marcharía... pero si no me atreví a decirle... ¡Ay, Dios mío; quisiera volver a estar mala, para volver a dejar y decirle sin miedo, todo lo que siento!

ESCENA VII

CRISTETA, SALOMÉ y después ROMUALDO

SALOMÉ.—¡Romualdo...! ¡Ah! ¿Estás aquí? ¿Cómo te hallas, hija?

CRISTETA.—Bien.

SALOMÉ.—¿Has visto a Romualdo?

CRISTETA.—No.

SALOMÉ.—¡Romualdo...! (Aplausos y voces dentro.) ¡Acabaremos?... ¡Ah! está tu señor primo, echando un discurso, y los otros brutos, barreando y atracándose que es una bendición!

ROMUALDO.—¿Llamaba la señora?

SALOMÉ.—Sí, hace rato. ¿Dónde, has estado metido todo el día?

ROMUALDO.—¡Ay, señora! ¡Usted no sabe el disgusto que tengo!

SALOMÉ.—¿Cómo?

ROMUALDO.—Que no oiga... (Por Cristeta.)

SALOMÉ.—¿Qué es ello?

ROMUALDO.—Luciano, mi hijo; ¡pásmese usted, señora! es un pillete; no se ha examinado, me ha engañado miserablemente.

SALOMÉ.—Muy bien empleado. Ya sabes que siempre te dije...

ROMUALDO.—Y si fuera eso sólo...

SALOMÉ.—Pues, ¿qué ha hecho?

ROMUALDO.—Figúrese usted, que esta mañana se nos presenta en casa una muchacha, no mal parecida, con un chico en brazos. Era la criada de la casa de huéspedes, donde vivía Luciano en Madrid, que venía a reclamarme su palabra, con pruebas harto palpables al canto.

SALOMÉ.—¿Qué horror! Y, ¿qué habéis hecho?

ROMUALDO.—¿Qué se ha de hacer, señora! El chico no quiere estudiar, la muchacha esa, le gusta... y, ya ve usted... Nada; que celebraremos la boda y el bautizo en el mismo día.

SALOMÉ.—¿Qué cosas se ven!... Y, ¿qué dice Faustina?

ROMUALDO.—Está hecha una furia... Claro. Está usted afanándose para hacerle hombre, gastando lo que no se puede; y lo que yo he trabajado estos días para sacar a don Román adelante y que le diera un buen destino, todo perdido. (Por Cristeta.) Que no se entere, por Dios, ella que le quería tanto...

SALOMÉ.—Lo que es eso, desengáñate, Romualdo, que lo mismo quería Cristeta a Luciano, que yo a ti.

ROMUALDO.—¿Usted no me quiere, después de treinta años de servicios leales?

SALOMÉ.—No me vengas con músicas. Lo que hace falta, es que vayas a despedir a mis parientes, que, por fin, me dejan en paz. ¡Todo sea por Dios!... estaba ya...

ROMUALDO.—Pero, ¿dice usted de veras, que Cristeta no quería a Luciano?

SALOMÉ.—No. Y no te apures, porque no la dejó por heredera universal, que es lo que tú querías. (Sale.)

ROMUALDO.—Vaya con la señora, no está hoy de buenas. (Aplausos y voces dentro de la casa.) Hola, hola, discurso tenemos. (Se acerca a la casa.) ¿Oyes, Cristeta? Buen pico, bueno. ¡Pensar que Luciano podía ser como él!... Que demonio, voy a despedirme. ¿Quién sabe si podrá servirme en otra cosa? (Entra en la casa. Voces y aplausos.)

LUCIANO (Sale de la casa.)—Hola, Cristeta, ¿cómo estás? Ya veo que no te mueres de ésta. Cosa mala... ¿verdad?... Voy a despedir a don Román. (Entra.)

CRISTETA.—Le acompañarán todos a la diligencia... no le hablaré más...

ESCENA VIII

CRISTETA y MAGÍN

MAGÍN.—¿Qué te ha dicho?

CRISTETA.—Nada...

MAGÍN.—¿Estás bien?... Eso es lo principal, lo demás... El te habrá dicho lo que debía, ¿no es verdad? Apuradillo andaba, porque no sabía cómo desengañarte sin causarte pena; pero al fin... ya veo que estás tranquila. Con su talento... te habrá hecho reflexiones...

CRISTETA.—¿Desengañarme!

MAGÍN.—Sí, Cristeta, porque ha tenido compasión de ti.

CRISTETA.—¿Compasión nada más?

MAGÍN.—Ya lo ves; ni puedes exigirle otra cosa.

CRISTETA.—¿Es verdad! ¿Quién soy yo para él? Una salvaje, ignorante, sin educación, como dice doña Amalia. ¡Oh! Yo quiero que me lleven a Madrid, que me eduquen... Yo sé lo pediré a la tía. Entonces sí me querrá... Ahora, claro, ¡pobre de mí! ¿Qué papel haría a su lado!... ¿Cómo había de quererme?... A Madrid, Magín, a Madrid, aunque sea con doña Amalia. Voy a pedirselo a la tía... tú verás...

MAGÍN.—¿Cristeta!... Tiemblo por ti... Si no te quiere. Si piensa casarse con la hija de un personaje.

CRISTETA.—¿Quién te lo ha dicho?

MAGÍN.—El mismo, hablando aquí con doña Amalia. Se casa por interés nada más. Ya lo ves, no te pongas en su camino, déjale marchar, hazle puente de plata, es enemigo que huye. (Voces y aplausos.) Ya vienen... Ahí le tienes echando discursos: van a despedirle con música. Oyele, embriagado en su triunfo, seguro estoy de que ya no se acuerda de ti.

CRISTETA.—Claro está... ¿Qué hará entonces, cuando hable en el Congreso y le aplaudan? (Aplausos.)

MAGÍN.—Ya vienen...

CRISTETA.—No te separes de mí.

MAGÍN.—¿Cristeta!

ESCENA IX

DICHOS, *SALOMÉ, AMALIA, JOSÉ LUIS, ROMÁN, ROMUALDO, ELECTORES. Música fuera. Vivas y aplausos

ROMÁN.—En marcha.

AMALIA.—José Luis, abrigate bien, que corre aire.

ROMUALDO.—Señor don Román, no le digo

a usted nada; aquí me tiene usted para lo que mande.

ROMÁN.—Querida tía, mil gracias por todo.
SALOMÉ.—Buena suerte, sobrino.

AMALIA (A Salomé).—Adiós, hija, que vayas a Madrid, no te pudras aquí metida. Adiós, adiós... Son horribles las despedidas... (A José Luis). No llores, hijo... El pobrecito te había tomado tanto cariño: eres otra madre para él; no llores, hijo.

J. LUIS.—Si no llore; es que se me ha metido una cosa en los ojos.

AMALIA.—Vamos... Adiós, Cristeta. (Se dirige a la puerta, A Román.) ¿Viene usted?

ROMÁN (A Cristeta).—Adiós, Cristeta, ¿has pensado bien en lo que te he dicho? ¿No es verdad que tengo razón? Yo no quería que sufrieras por mí. Adiós, y acuérdate de mí alguna vez; escríbeme y no quieras a nadie. ¡Es uno más feliz cuando no quiere! Adiós. En marcha.

ELECTORES.—¡Viva! ¡Viva!

ROMÁN (En la puerta).—Gracias. Nunca, nunca se borrarán de mi corazón vuestras leales expansiones de afecto. Contad con el mío, lo mismo en los días terribles de la adversidad, que en las horas risueñas del triunfo. Yo prometo consagrar toda mi vida a este suelo hospitalario, donde dejo raíces tan hondas. Yo lucharé por hacerme digno de la honra inmerecida que me habéis otorgado. Pero ¡ah! si podéis en todo momento,

en todo instante, contar con mi ayuda, con mi apoyo. Con los vuestros cuento también, porque de todos necesito, para realizar todos juntos la inmensa obra de la civilización y del progreso.

ELECTORES.—¡Bravo! ¡Viva!... (Música.)

Todos.—¡Adiós! ¡Buen viaje! (Todos se dirigen hacia la puerta.)

CRISTETA (A Magín).—Tienes razón. No me quiere; ha tenido lástima de mí nada más. Ahora me escribirá una carta fría, de cumplimiento, dándome muchos consejos. Pero ¡qué!; ni me escribirá. (Aplausos y voces fuera.) Ya se marcha... ¡Nunca se acordará de mí!... ¡Nunca... nunca!

MAGÍN.—Déjale. Te deja porque es ambicioso y va a luchar allá, como ha luchado aquí, engañando a los unos, implorando de los otros, comprando y vendiéndose. Quizás logre lo que ambiciona: será célebre, será ministro, será todo lo que hay que ser. No importa. El se acordará de ti algún día, en medio de su vida agitada, como me acordaba yo siempre al entrar en acción, entre el humo y el fuego, y el horror de la lucha, de mi madre y de la zagala hermosa, que me adornó con cintas la guitarra cuando marché a servir al rey. No, no llores... Tu cariño fué un sueño, pero el sueño de un alma buena... Y esos sueños... ¡espéralo, hija mía!... esos sueños resucitan en el cielo... (Se abrazan.)

Jacinto Benavente.

En el número próximo se publicará la novela

LA GATA EMBOTELLADA

ORIGINAL DE

JOSÉ ORTEGA MUNILLA



—¿Para lograr tal finura,
con qué te lavas las manos,
—Con el jabón PECA CURA
de casa Cortés Hermanos.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices) rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonia, 3,25, 5, 8 y 11 ptas., según frasco.

PROBAD los jabones, PROBAD los polvos
color moreno (siete matices), rosa blanco,
serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ,
Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre,
Rocio FLOR, Mimosa, VÉRTIGO, Acacia, MU-
GUET, Clavel, VIOLETA, Jazmín, 3 pesetas
pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los su-
pera, NINGUNO los iguala en perfume,
clase ni presentación. Últimas creaciones de

CORTÉS HERMANOS.--BARCELONA

Lea usted:

Alrededor del Mundo

25 céntimos

Ayuntamiento de Madrid

**PARA BUENOS IMPRESOS
Y SELLOS CAUCHO**

Manuel López Ortega (hijos)

Encomienda, 20 duplicado

Gran rapidez. :—: Fundición diaria.

OBRAS

de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración
de «Los Contemporáneos».

El templo de Talía
Idilio trágico.
Siervo y tirano.
Los hijos.

Donde hubo fue-
po...
La ley de Malthus
Siempre viva.

Precio de cada una, 3 pts.

Los lectores de «Los Contemporá-
neos» que deseen adquirir alguna, la
recibirán franca de porte enviando
a esta administración, por cada to-
mo que soliciten, 3 pesetas en sobre
monedero, giro postal u otro medio
análogo.

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

Aceites y grasas
:- lubricantes :-

insuperable
para
el engrase
de
los autos

SUCESORES DE
E. Steinfeldt



OLEO-MOTOR

Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas

Calle del Prado, núm. 15
 Teléfono 984
MADRID

SUMMIT

Tónico nervioso

El **SUMMIT** combate la Anemia, la Debilidad geneneral, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarlos: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
 Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

Utilísimo a los convalecientes.
 Pedid prospectos.

SUMMIT

Tónico nervioso

DEBILIDAD, NEURASTENIA
CONSUNCION, CLOROSIS
CONVALECENCIA

ANEMIA
 VINO
 Y JARABE de
Hémoglobine
Deschiens

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de Sangre **CURA SIEMPRE**. Es muy superior á la carne truda, á los ferruginosos, etc. Da salud, fuerza. — **PARIS.**

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

LOS MUCHACHOS

SEMANARIO INFANTIL

Se publica los Domingos.

MONTANO

Pianos de esta acreditada marca y de las más reputadas del extranjero. Los mejores aparatos para tocar el piano. Última creación en Autopianos y eléctricos. Armoniums y rollos extranjeros de música de 66, 78 y 88 notas. Primer servicio para el traslado de pianos. Salón de Conciertos.

San Bernardino, 3
MADRID.